

BOLSILIBROS
BRUGUERA

● SERIE
**PUNTO
ROJO**

máscaras malignas

peter debry



COLECCION

PUNTO ROJO



PETER DEBRY

MASCARAS MALIGNAS

Colección PUNTO ROJO n.º 437

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 24.094 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: setiembre, 1970

© PETER DEBRY, 1970
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.159. —Pista para pistoleros.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.032. —Un tigre, tres ingenuas.

En Colección BUFALO:

870. —Grabado al plomo.

En Colección CALIFORNIA:

714. —Dúo para sogá.

En Colección SALVAJE TEXAS:

614. —Legionarios del «Colt»

En Colección COLORADO:

462. —Telón de plomo.

En Colección PUNTO ROJO:

431. —Asesino bondadoso.

En Colección ASES DEL OESTE:

374. —Mercenarios del plomo.

En Colección KANSAS:

620. —Escuadrón bárbaro

CAPÍTULO PRIMERO

El público del hipódromo de Longchamp presta poca atención a los personajes exóticos y extravagantes que, más que en ninguna parte, pululan en la capital de Francia.

Sin embargo, aquel individuo llamaba la atención.

Alto, completamente vestido de gris, desde los zapatos de ante hasta su sombrero hongo, pasando por sus manos enguantadas del mismo color, era una sinfonía en gris.

Destacaba en aquel conjunto el rostro, curiosamente arcaico, inquietante, impasible, donde la dura expresión de unos ojos rasgados, oblicuos, le concedía aspecto de máscara maligna.

Per contraste con la tez marfileña resaltaba la barbita cuadrada, que afeitada en los maxilares en forma de media luna se reunía en trazo continuo con el bigote.

Absolutamente indiferente a la curiosidad que despertaba su presencia por donde pasaba, el hombre de gris se acercó a una taquilla y del bolsillo interior de la americana sacó una cartera de ante también gris.

La vació totalmente sobre el pulido cristal de la taquilla, formando un montoncito de billetes.

—Deme «*Lady Lú*», ganador.

El boletero después de contar los francos nuevos preguntó:

—¿Los dos mil cuatrocientos francos?

—Sí.

Recogió con las enguantadas manos los boletos, que dobló cuidadosamente. Quitóse el hongo gris descubriendo un cráneo pulido, completamente rapado, y colocó los boletos en el interior de la badana, volviéndose a cubrir.

Se alejaba cuando el boletero asomando la cabeza por la ventanilla le interpeló:

—¡Eh! ¡Que olvida usted su cartera!

—Está vacía. No me sirve para nada. La pasaré a recoger si gano.

Murmuró el boletero entre dientes:

—Vaya tipo más raro.

No era el único que así opinaba en el hipódromo y muchos pares de ojos convergían en el hombre de gris. Especialmente femeninos.

Dióse la salida. Un clamor unánime marcó el creciente galopar de los caballos acercándose a la meta.

El hombre de gris no recogió su cartera.

En la barra del bar Rigolo, del *boulevard* Clichy, el barman escanció el *melé-cassis* que acababa de pedir el hombre de gris. Éste, poco elegantemente, se echó el hongo hacia atrás, descubriendo la mitad de su afeitada cabeza. De un sorbo bebió el contenido del vaso.

Se volvió en brusco movimiento al sentirse tocado en el brazo.

La dura mirada de sus ojos almendrados pareció aquietarse al ver frente a sí a una muchacha rubia que le tendía una cartera de ante gris. Reconoció él su propia cartera, pero no la cogió.

Observaba a la muchacha de pies a cabeza, detallándola. Tipo extranjero, nórdica. Cabellos de un rubio muy claro, casi blanco, que enmarcaba un rostro sin maquillaje.

No parecía una habitual de Montmartre; su vestido, como el abrigo de pieles y el resto de su indumentaria, proclamaban la firma de un modista caro.

Dijo ella en francés demasiado correcto:

—Buenas tardes. Me gustó su cartera. La compré, pero era para devolvérsela.

El hombre de gris echó sobre el mostrador una moneda que rebuscó por los bolsillos de su chaleco. Salió sin decir una sola palabra.

El barman comentó:

—Poco comunicativo Gris, ¿eh?

Inquirió la muchacha:

—¿Se llama Gris?

—No sé cómo se llama, ni le conozco. Pero de alguna forma tenía que apodararle, ¿no?

Siguió ella con la mirada, a través de los cristales, la marcha,

casi la huida, de Gris. Viole volverse varias veces, como cerciorándose de que no era seguido, y al fin, entrar en un hotel *meublé* del final de la calle en cuya esquina abría sus puertas el bar Rigolo.

Los cafés restaurantes Duval son muy frecuentados por los solterones que quieren comer bien, sin gran dispendio.

El hombre de gris cenaba en uno de ellos. A la vez que leía *Le Journal*, que mantenía doblado y apoyado en un florero, sorbía, sin mucha delicadeza, una sopa humeante.

Al terminarla empujó el plato a un lado y este gesto le hizo notar que alguien, en pie, estaba parado junto a su mesa.

Brilló otra vez en sus ojos un destello de fiera acorralada.

Que se trocó en mirada de indignación al reconocer a la muchacha rubia que horas antes en el Rigolo le había ofrecido su propia cartera.

Masculló incisivamente:

—Pero ¿es que me persigue o qué?

—Quisiera conocerle, Gris. Es usted interesante.

Una sonrisa poco simpática apareció entre la barbita negra y el bigotillo, mostrando unos dientes blancos cuyos incisivos eran demasiado agudos.

—¿Soy interesante? No me diga... Déjeme en paz, ¿quiere?

Pero ella siguió imperturbable al lado de la mesa.

El camarero depositó ante el hombre de gris un plato que contenía unos filetes de lenguado, y llevóse el de sopa, ya vacío.

Exprimió Gris pausadamente una rodaja de limón sobre el pescado.

—Quizá nos podríamos entender usted y yo, Gris.

El trozo de lenguado en el tenedor se detuvo en el aire y el hombre de gris rió, divertido. La risa convirtió en una estrecha rendija sardónica la mirada de sus ojos oblicuos.

—Por el aspecto no es usted una cualquiera. Y sin embargo, seguir a un hombre sin conocerle, llamándole interesante, no es muy propio de...

Interrumpió ella:

—¿Puedo sentarme?

—¿Por qué no? Mientras se pague su cena, por mí no hay

inconveniente.

Iba ella a sentarse cuando una mano la apartó con brusquedad.

Un individuo corpulento, el que la había apartado sin la menor galantería, atenazó al hombre de gris por el hombro.

—¡Dambra! ¡Síguenos y no armes jaleo!

El tono era imperativo. No hacía falta ser un lince para comprender que el recién llegado y el que tras él esperaba, eran dos policías.

Un gesto felino de Dambra hizo aparecer en su mano como por encanto, un reluciente revólver, que escupió estruendosamente un fogonazo en pleno pecho del que le había llamado Dambra.

El compañero del herido se abalanzó sobre el agresor, pero Dambra, parapetándose tras los asustados y frenéticos concurrentes del restaurante, consiguió ganar la puerta.

Salió corriendo y tras él, persiguiéndole, el compañero del que yacía en el suelo.

La muchacha rubia con los azules ojazos agrandados por el pavor, vio cómo una manchita roja iba ensanchándose en el pecho del caído que, inmóvil y sin respiración, tenía ya impreso en el rostro el sello de la muerte.

CAPÍTULO II

La confusión y el barullo en el Duval eran indescriptibles.

La rápida escena dramática había convertido el apacible restaurante en un inquieto rebullir de gesticulantes personajes.

La llegada de unos gendarmes congregó alrededor de ellos una afluencia de voluntarios informadores que hablaban todos a la vez.

La muchacha se deslizó fuera del Duval y ya en el *boulevard*, apretó el paso alejándose de aquellos parajes.

Dos horas después, los vendedores de la última edición nocturna del *Paris-Soir* se desgañitaban voceando:

—¡Edición extra de la noche! ¡Con el crimen del Duval! ¡El *gángster* Dambra mata a un inspector de policía!

En el bar Rigolo fueron muchos los que compraron el periódico, entre ellos la muchacha rubia que, ávidamente, empezó a leer.

«MARC DAMBRA, EVADIDO DEL PRESIDIO DE CHARENTON, RECONOCIDO POR EL INSPECTOR DOUILLET, MATA A ESTE Y HIERE DE GRAVEDAD A UN AGENTE. ESPECTACULAR HUIDA DEL MALHECHOR»

«Marc Dambra, el tristemente célebre maleante internacional, ha añadido una fechoría más a su larga lista de crímenes. Escapado audazmente del presidio de Charenton, donde estaba recluido a perpetuidad por doble homicidio, fue reconocido esta noche a las siete y media en un *Bouillon Duval* por el inspector Louis Douillet.

»Al disponerse éste a detenerlo, Marc Dambra disparó sobre el inspector Douillet hiriéndole de muerte. Favorecido por el desconcierto que se originó en el concurrido restaurante, logró huir Dambra, siendo

perseguido por el agente Jacques Lasticot, que acompañaba al inspector.

»Al doblar la esquina del *boulevard* Capucines, el agente Lasticot cayó herido de un balazo en el muslo. Valerosos y dignos ciudadanos continuaron persiguiendo al malhechor, que consiguió desaparecer en los subterráneos de la estación de Saint-Lazare. La policía tiene una pista segura y Marc Dambra no tardará en ser detenido».

Sonrió la muchacha al leer la consabida frase periodística, pero instantáneamente se borró la sonrisa de sus labios al continuar leyendo:

«Se efectúan activas pesquisas para dar con el paradero de una desconocida, que según declaraciones de los testigos y camareros del Duval, estaba con Marc Dambra en el momento del asesinato del inspector Douillet.

»Por la descripción obtenida, es alta, de tipo escandinavo, rubia clara. Viste falda marrón. Como detalle característico, lleva abrigo *trois-quarts* de visón. Se trata, indudablemente, de la cómplice que ayudó a Dambra a fugarse del presidio de Charenton».

En medio de su naciente temor, una mueca burlona apareció en el semblante de la muchacha. ¡Nada menos que cómplice de un criminal al que desconocía por completo!

Lamentaba perder su abrigo de visón, pero prefería la libertad a unas pieles valiosas que podría volver a comprar. Lo incluiría en los gastos de viaje.

Hizo resbalar, disimuladamente el abrigo delator que había colocado sobre el diván y con el pie lo empujó bajo su asiento adosado al muro.

Aparecía ahora vestida con un traje sastre marrón. Y el cabello rubio claro no era detalle suficiente para identificar a una mujer en Francia.

Más tranquilizada, siguió leyendo:

«El inspector Louis Douillet falleció al ser trasladado a la cercana Casa de Socorro. Deja viuda y dos hijos de corta edad. Un crimen más que añadir al haber del fatídico Marc Dambra, cuya pronta captura es inminente».

Una foto, con el siniestro aspecto de todos los clichés periodísticos reproducía las facciones, ya de por sí bastante sombrías, del hombre de gris.

Y bajo el retrato, una breve nota biográfica del asesino satisfacía el afán curioso del público parisiense, morbosamente interesado, como todos los públicos, en las vidas accidentadas.

«Marc Dambra, nacido en Bastia (Córcega), cuenta hoy veintiocho años. Se ignoran sus actividades hasta la edad de diecinueve, en que se dio a conocer en el célebre atraco a mano armada del American Bank de Roma.

»Empezó su audaz carrera de evasiones, logrando huir de la cárcel de Florencia. Ha dejado huellas de su paso en Suiza y Bélgica, de donde, de nuevo evadido, marchó a Norteamérica. Nación de la que regresó el año pasado, siendo detenido a raíz del asesinato del conocido comerciante lionés Robert Mirliton y su secretaria Nicole Chenier. Fue recluido en el presidio de Charenton».

Arrugó ella el periódico. Dos gendarmes que hablaban con un camarero despertaron de nuevo su inquietud.

Cuando cerró tras sí la puerta de la anónima habitación que ocupaba en un modestísimo y poco escrupuloso hotel de Montmartre, Marc Dambra secó el sudor de su frente.

La suerte le había favorecido una vez más. Había logrado llegar hasta allí, inadvertido en la oscura noche. Ahora tena que procurar salir de París, y pronto.

Sin encender la luz del cuarto empezó a fumar ansiosamente. Unos pasos quedos en el corredor le hicieron tirar el cigarrillo. Los pasos se acercaban a su puerta.

Aproximóse Dambra andando de puntillas a la puerta, y adherido al tabique a un lado, su mano empuñó la culata del arma que colgaba de unos tirantes bajo su sobaco izquierdo.

Pasaron unos segundos eternos. Un ruido a los pies de Dambra hizo que mirase al suelo. Por la rendija inferior de la puerta un *Paris-Soir* se deslizaba empujado desde fuera.

Con el pie logró desdoblar el periódico. La escasa luz que llegaba de la calle le permitió vislumbrar un trazo grueso hecho con lápiz rojo al margen de un párrafo.

Cautelosamente sin dejar de empuñar la automática, preparado a cualquier eventualidad, recogió con la zurda el diario. Junto al trazo rojo, tres letras mayúsculas del mismo color especificaban: «LEA».

Sonrió sarcástico. ¡Para lecturas estaba! Abrió de golpe la puerta.

Encañonaba el pasillo con la negra boca de su revólver, pero no oprimió el gatillo.

Frente a él, otra vez la muchacha rubia le miraba fijamente.

Se cercioró Dambra de que estaba sola y cogiéndola por un brazo, de un empujón la hizo entrar en el cuarto, cuya puerta cerró tras ella.

—Lo siento, chiquita, pero tu curiosidad te va a costar cara.

Ella se sentó, sin muestra alguna de temor. La luz de la calle iluminaba débilmente el interior del cuarto. Murmuró ella:

—Vengo precisamente para ayudarte, Dambra.

—Gracias. ¡A otro con el cuento!

—La policía me busca también a mí. Recuerda que yo estaba charlando contigo cuando vinieron a detenerte.

—Bien, ¿y qué?

—Ahora dice la Prensa que yo soy tu cómplice. Lee —y señaló ella el periódico.

—No sé leer. Además tú te lo has buscado todo, querida. Si no te dedicases a perseguir a los hombres que se te antojan interesantes, ahora estarías tranquilamente durmiendo en tu camita.

—Reconocerás que te va a ser difícil salir de París.

—Esto es asunto mío.

—Yo puedo proporcionarte los medios para escapar con toda seguridad.

—¿Eres del Ejército de Salvación?

—Me basta con telefonar y esta misma madrugada un camión «Dodge» se detendrá ahí delante. Ya sólo tendrás que consentir que te embalen como un fardo.

—Precioso el plan, precioso... Pero ¿es que te crees que soy imbécil? Luego cuando estuviera hecho un fardo, la policía me recogería amorosamente ¿no?

—Comprenderás que con esta barbita, este cráneo pelado y esos ojos, no puedes ir al lado del conductor. Cualquier agente de tráfico te reconocería. Tu foto anda ya por todas partes.

—¿Cuál es tu nombre y quién eres? ¿Por qué pretendes ayudarme?

—Me llamo Zulma Faroer y soy danesa. Necesitamos un hombre decidido a todo y que no se extrañe de nada.

—¿Necesitamos...? ¿Quiénes?

—Lo sabrás cuando lleguemos a sitio seguro. En situaciones apuradas hay que saber agarrarse de un clavo ardiendo.

—Bien, maestra, y suponiendo que te crea, aquí tienes un teléfono. Llama a este simpático camión. Pero tú no sales de aquí, Zulma, y a mí no me embalan. Iré en el camión, pero contigo a mi lado... y ésta.

Entreabrió su chaqueta. Mostró la negra culata del revólver.

—Iremos juntos y a la menor jugarreta, Zulma Faroer o como te llames volarás al otro mundo ¿estamos?

Rió ella suavemente. Se acercó al teléfono y fue marcando números. A su lado, casi pegado a ella, Dambra miraba su boca. Habló ella:

—Aquí Zulma. Óyeme, Keller; tú y el camión a las cinco en punto delante la puerta del 17 calle Moineaux. Tráeme un abrigo. He perdido el mío. Acondiciona el depósito. Espero.

No dijo más y colgó el teléfono.

Preguntó Dambra:

—Esto del depósito ¿qué demonios es?

—En la cabina de carga del camión hay un compartimento. Cabremos perfectamente, en caso de alarma, tendidos, tú, yo... y ésta.

Designó ella la parte superior del tórax de Dambra. Éste sonrió, pero su rostro seguía siendo una máscara maligna.

—Hasta que no me vea lejos de aquí, me reservo la opinión. De momento admito que no eres una pavita temerosa, Zulma.

—Hasta las cinco, ya que Keller no puede venir antes, ¿qué puedo hacer para no aburrirme?

—Desear que el Keller al que telefoneaste venga con el camión. Y que sea un tipo decente, no ningún polizonte.

Volvió ella a reír con su característica risa. Sin ruido, con expresión hondamente divertida, sincera.

—Keller cree que es casi tan decente como tú, Dambra. Todas las cámaras de ejecución de los Estados Unidos le están esperando. ¿No oíste hablar de él allá?

—Allá hay tantos Keller como aquí Dupont. De todas formas vete pensando que si todo esto es una trampa, tu bonita piel de rubia se convertirá en un colador.

—No me hables de cosas tristes —sonrió ella—. Esto de la piel me recuerda que he tenido que abandonar un magnífico visón en el Rigolo. La policía describía ese detalle en la Prensa.

—¡Macaché! Cuando vean el pellejo en el bar van a acordar este barrio. El camarero unirá al visón mi foto y nos localizarán.

—El que encuentre el pellejo como dices, se lo guardará. Vale un montón de francos, Además, está muy enrollado bajo el asiento. No se verá hasta que mañana la mujer que friegue el suelo lo encuentre, pero nosotros ya estaremos lejos y seguros.

—Eres lista. Todavía no comprendo nada de nada, pero si juegas limpio y no me engañas, creo que tal como me dijiste esta tarde: «Tú y yo nos podremos entender».

CAPÍTULO III

Tras el largo intervalo de silencio en que Dambra se fumó cinco cigarrillos manifestó Zulma Faroer:

—No eres precisamente lo que se llama un charlatán.

—Si necesitas hablar explícame quién eres, por qué me seguiste, para qué te sirve el camión a ti y a Keller y dónde piensas llevarme.

—Todo lo sabrás a su debido tiempo. Cuando lleguemos. De momento, lo esencial, lo que te interesa, es saber que yo te proporcionaré el modo de pasar de una situación apurada a un alojamiento seguro. Ahora, cuéntame algo de ti.

—Todo a su debido tiempo. Intercambiaremos confidencias cuando lleguemos a ese desconocido sitio seguro.

—Hasta las cinco hay tiempo de bostezar. ¿No tienes nada para leer?

—Allí en el cajón de aquella mesita hay dos o tres libracos que se dejaría olvidados algún inquilino de paso. Pero nada de encender la luz. Si quieres leer te arrimas a la ventana. A un lado de la ventana.

Leyó ella una novela entera y estaba a punto de terminar otra, cuando un ruido de motor le hizo arrojar el libro al suelo. Se puso en pie, y la imitó Dambra abandonando su postura tendida.

Juntos, a través del cristal, vieron detenerse mi camión ante la puerta del hotelucho. Pero nadie se apeó.

—Has de confiar en mí, Dambra. Bajaré para que Keller...

—Bajaremos juntos enseguida. Andando.

El desierto pasillo y la escalera poco iluminada fueron franqueadas rápidamente por la pareja. Tras el mostrador, el portero de noche dormitaba.

El húmedo ambiente de la calle refrescó el rostro del corso y su cómplice. Desde el portal bisbiseó ella:

—Si salimos juntos llamaremos la atención.

—Vamos, ahora.

La cogió del brazo y en dos zancadas se encontraron tras la portezuela abierta del camión. Ella se sentó junto al individuo del volante, quedando entre éste y el corso, que cerró la puerta.

—¡Que pise el acelerador! ¡Venga!

Zulma Faroer miró al conductor. Un individuo de estólida apariencia, mandíbulas cuadradas, que masticaban cómo las de un rumiante, y que parecía no haberse dado cuenta de nada.

—Adelante, Keller —dijo ella.

—*Okey*, nena —silabeó Keller gangosamente.

El camión a lenta marcha empezó a dejar atrás el *meublé*. Cambióse Keller el chicle de sitio y dijo lacónicamente:

—Al salir al *boulevard* nos pescan si sigue aquí el pollo.

Ayudada por Keller apoyó Zulma con todas sus fuerzas sobre el respaldo del asiento que cedió, abriéndose y formando una superficie plana que se prolongaba en el suelo de la cabina de carga.

Fue ella retrocediendo y el corso hizo lo mismo. Se encontraron en una parcial oscuridad entre enormes recipientes de latón. Las clásicas jarras del lechero al por mayor.

—Esta carga despista —comentó Zulma.

Volvió a colocar el respaldo del asiento en su posición primitiva. Quedaron a solas, separados de Keller. El camión adquirió velocidad.

Una lona recubría las grandes jarras y rozaba las cabezas de Zulma y el corso, sentados, dándose frente, apoyados en los recipientes de latón. Una abertura estrecha flanqueada por los redondos recipientes se abría en el piso del camión. Semejaba un ataúd con la tapa levantada.

Indicando el interior de la abertura, dijo ella:

—Nos colocaremos aquí dentro en caso de alarma. No hay más que bajar la tapa y quedamos dentro, invisibles. Tiene respiraderos. Está acolchado y para uno solo es comodísimo. Para dos, no sé qué tal será, ya que no fue construido más que para una sola persona.

La negrura de la noche iba cediendo ahuyentada por el gris del alba. En el respaldo del baquet sonaron, amortiguados, tres golpes.

—Keller avisa que nos aproximamos al fielato de la Porte Saint-Denis. Por si acaso...

Y señaló ella el compartimento acolchado.

—Tú primero, Zulma.

Obedeció ella, tendiéndose al interior. A su lado quedaba escaso espacio para que se tendiera Dambra. A éste no le gustaban los espacios cerrados. Prefirió sentarse al borde, colgantes las piernas.

Fue disminuyendo el camión su velocidad hasta detenerse. Oyó Dambra una voz soñolienta, desconocida, que procedía de la calle.

—¿Revisado?

—Sí. En la Madeleine —oyó contestar a Keller—. Camión de la casa Souviron.

—Siga.

Volvió a roncar el motor y arrancando, traqueteó el camión.

Satisfecho comentó Dambra:

—No ha hecho falta que me enterrase. Ya hemos salido de París sin tropiezos. ¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar?

—Unas horas. ¿Quieres contestar a una pregunta?

—Prueba.

—¿Por qué, si estabas perseguido, te hacías tan visible en un hipódromo concurrido?

—Cuando se busca una cosa, no se busca encima de un armario, sino detrás de un cuadro o en los rincones ocultos. Además tenía que procurarme dinero para mi pasaje a América. Por eso jugué. Y perdí.

—¿Por qué no acudiste a algún compañero?

—No tengo compañero. Siempre he trabajado solo. No me fío de nadie.

—Ya me he dado cuenta.

Ofrecían un espectáculo curioso Ella tendida boca arriba como en una zanja. El sentado, al borde, mirándola.

—¿Te parecerá descortés si me duermo? —murmuró ella burlona.

El corso se encogió de hombros indiferente.

—Por entre las jarras debe estar el abrigo que le pedí a Keller.

Un abrigo de gruesa lana *beige* cubrió la tendida silueta de Zulma Faroer, que cerró los ojos. El corso quedó a solas con sus pensamientos. En su azarosa existencia se había encontrado en situaciones raras y chocantes. Ya nada le sorprendía. Pero le gustaba ver claramente las cosas.

Deseaba ya llegar al final del viaje y enterarse de cuál era y a qué se dedicaba la organización en la que adivinaba que Keller y Zulma eran meros instrumentos.

Encendió un cigarrillo. Su mente fue recorriendo la película de los últimos días. Desde que salió del presidio de Charenton hasta ahora en que iba en un camión conducido por un americano con la traza peculiar del pistolero, y a sus pies, tendida y durmiendo, una muchacha desconcertante.

Le chocó al corso, hombre de sueño inquieto, la apacible serenidad que el sueño imprimía en el bonito semblante de la durmiente.

Apartó la vista de ella. La lona tendida encima de sus cabezas, le protegía de cualquier mirada indiscreta.

El ronroneo monótono del motor y el leve traqueteo del camión le vencieron.

Insensiblemente, se quedó dormido.

CAPÍTULO IV

Una extraña sensación, como si le quemasen la mano, despertó al corso. Vio en su zurda la luminosidad de un rayo de sol que se filtraba por una rendija de la lona.

Era ya totalmente de día. A sus pies, Zulma Faroer seguía durmiendo tranquilamente. El poderoso motor del camión rugía jadeante. Comprendió el corso que estaban subiendo una pronunciada pendiente.

Volviéndose con lentitud se adosó en una esquina y levantando la lona, miró el paisaje.

Era un paisaje idílico, de fondo de Rembrandt, completamente desconocido para el corso. Pese al brillante sol, el clima era fresco y húmedo. A lo lejos, bosques y pastos alternaban con el verdor de los prados moteados de trecho en trecho, por los rojizos aleros de los puntiagudos tejados de casitas parduzcas.

Volvió Dambra a ocupar su sitio anterior y con la puntera levantó el abrigo *beige*. En la muñeca de la durmiente el reloj marcaba las nueve y veintisiete. Habían emprendido el viaje a las cinco. El extraño viaje duraba ya cuatro horas y media.

Inclinándose sacudió por el hombro a la danesa.

Abriendo ella los ojos fijó su mirada azul en el rostro del corso.

—¿Qué sucede?

—Que supongo debemos estar llegando. Son ya las nueve y media.

Levantóse Zulma, inclinando la cabeza que rozaba con la lona. Se puso el abrigo y salió de su improvisada cama, cuya tapadera dejó caer.

El camión se detuvo y el claxon empezó a sonar con fuerza pulsado por Keller. Acercándose de nuevo a su anterior observatorio, volvió Dambra a mirar.

Estaban parados ante una gran puerta de madera a cuyos lados

un alto muro grisáceo se perdía de vista.

Se abrió la puerta y el camión penetró por un magnífico y extenso jardín cuya grava crujió. Al fondo se erguía un castillo de clásica arquitectura medieval.

La fachada gris y severa, con lienzo de muralla, galería de barbacanas y gruesas torres en los extremos, cuyas almenas estaban cubiertas por un plomizo tejado cónico, le dieron al corso una impresión feudal, tétrica.

No pudo ver más. El camión acababa de entrar en un garaje, cuya puerta se cerró tras su paso. El portón trasero del camión cayó ruidosamente, abierto por el propio Keller.

Descendió Zulma seguida por el corso. Dijo ella:

—Ya hemos llegado y sin contratiempos. ¿Estás satisfecho?

—Lo estaré cuando entienda todo esto. Por ahora ando a ciegas y no me gusta.

—Déjate guiar. Confía en mí.

Cogió ella la mano de Dambra y él sintió en la suya una mano fresca, suave que asió sin prestarle atención, atento sólo a la solución de todo aquel enigma. Ambos entraron en una especie de ascensor.

Bajó ella una palanca y el montacargas ascendió. Preguntó él:

—¿Y Keller?

—Tiene que atender al camión.

El ascensor se detuvo frente a una cocina modernísima. Inquirió ella:

—Supongo que no te disgustará desayunar, ¿verdad?

—Me apetece. Pero antes quiero saber en qué termina este viajecito.

—¿Inquietud?

—No me gustan los jeroglíficos.

—Ahora tendrás la solución. Sígueme.

Atravesaron la cocina, un pasillo y un vestíbulo, todo decorado a la moderna, muy distintamente a como se imaginaba el corso que debía estar interiormente un castillo como el que había entrevisto.

Llegaron a una reducida sala de forma circular. En una esquina, un bar ultramoderno. En las paredes acuarelas deportivas y como único mobiliario tres mesitas con sillas alrededor.

En una de estas mesitas, sentados y mirando fijamente al corso,

estaban un individuo, joven aún, moreno cetrino y una mujer, también morena. El desconocido se levantó.

—Hola, Zulma. ¿Todo bien?

—Sin contratiempos. Os presento a Marc Dambra que arde en deseos de saber dónde está y por qué le hemos facilitado la fuga.

El individuo moreno dijo:

—Me llamo Burt Cabot. Ella es Mireya Landa.

Señaló a la morena de ojos grises enigmáticos y poco cordiales, que esbozó una leve mueca que podía ser una sonrisa.

Sentóse Dambra mirando alternativamente a Cabot y a Mireya.

Manifestó Cabot:

—Ahora le explicaré lo que de usted se desea. Primero, si no tiene inconveniente, me informará Zulma.

—El informe es breve. Marc Dambra ha matado a un inspector de policía delante de mí.

Muy gravemente aprobó Cabot:

—Excelente recomendación.

—Y además —prosiguió la danesa— en su bolsillo tiene el relato de lo ocurrido.

Señaló el *Paris-Soir* que asomaba en la americana del corso. Éste tiró sobre la mesita el periódico.

Cogiéndolo, ojeó Cabot rápidamente la columna dedicada a Dambra. Pasó el periódico a la silenciosa Mireya.

Dijo Zulma:

—Tengo un ansia feroz de tomarme un café con leche y unas pastas. ¿Y tú, Dambra?

Asintió él, sin dejar de mirar a Cabot. Éste sonrió.

—Cumpló mal mis deberes de anfitrión delegado. Me excusará. Encárgate tú misma, Zully, de que inmediatamente traigan aquí vuestro desayuno, mientras le aclaro a Dambra cuánto ignora.

Salió Zulma seguida por la mirada recelosa del corso.

—Antes que nada, deseo convencerle de que está usted seguro. Aquí no hay policías ni indiscretos. Aquí está usted como en un cofre fuerte del Banco Nacional de Francia.

—¿Para qué me han traído?

—Es algo largo de explicar. ¿Un cigarrillo?

Ofreció la abierta pitillera. Dambra denegó, impaciente.

—No ande con rodeos. Al grano.

—Bien. Nuestro comercio es de un género especial que requiere hombres decididos, hombres que no le teman a intercambiar, si es preciso, un poco de plomo con los representantes de la ley. Usted ha vivido en América y habrá oído hablar de Tony Keller, ¿no?

Asintió Dambra.

—Sabrá usted que Keller despachó a varios federales y por esto tuvo que escapar con bastantes apuros de los Estados Unidos. Yo también soy americano, de Frisco, y conocía a Keller. Le acogí con los brazos abiertos.

—¿De qué género es su comercio?

—¿Observó usted el dispositivo en el piso del camión? Nos sirve para traer la mercancía.

—¿Contrabando?

—¡Oh, no! Esto es de muy escasa categoría para nosotros. Para que lo entienda bien, empezaré desde un principio.

Entró Zulma con una bandeja en la que humeaban dos tazones de café con leche rodeados de bollos, *croissants*, mantequilla y dos tarros de mermelada. Sentóse, colocando la bandeja entre el corso y ella.

Dijo Cabot:

—Sin cumplidos. Desayunen. Nosotros ya lo hemos hecho. Zulma tiene por misión reclutar gente decidida. Pero es labor difícil; queremos hombres de valía acreditada, en una palabra, hombres como usted. Aquí, si son discretos y no se extrañan de nada, pueden ganar el dinero a montones sin grandes riesgos.

Ironizó Dambra:

—¿Jauja?

—Sí, es Jauja —asintió Cabot gravemente—. El único riesgo no está en recoger la mercancía, sino en devolverla.

Ya iba comprendiendo el corso. Apuró su café con leche y complacido indagó:

—¿Secuestro y tráfico de rescates?

Cabot sonrió, pero sin contestar a la pregunta.

—Ante todo debo aclarar un punto. Yo soy un sencillo subordinado. Presto mis servicios como secretario al dueño de este castillo.

—¡Ah! ¿Usted no es el patrón?

Volvió Cabot a dejar sin respuesta la pregunta.

—El dueño de este castillo es un aristócrata francés. Un inofensivo vejete... algo maniático. No está loco. Sólo lunático. Es muy gracioso. Ya lo comprobará usted. No tiene más familia que su hijo, que también vive aquí, pero el pobre es un retrasado mental.

—¡Vaya! O sea que el dueño y el hijo están locos de atar, y el jefe y usted se aprovechan de la ganga para disponer de este buen refugio.

—No es exactamente así, pero en fin, ya lo irá viendo. Oye, Zully, ¿y cómo conseguiste un auxiliar con tan buenas credenciales?

—La suerte. Lo vi en hipódromo. Un tipo llamativo, extravagante, y quise averiguar quién era, porque comprendí que no era ningún seminarista...

No sabía si atribuirlo a la grata tibieza del saloncito o al reconfortante desayuno pero notaba Dambra que sus párpados tenían pesadez de plomo.

El ruido de la conversación llegaba atenuado a sus oídos, como un zumbido.

Vio los grises ojos de Mireya Landa fijos en él, burlones.

Y la dura expresión de Cabot, con rictus mefistofélico.

Quiso el corso asir su revólver, pero el brazo cayó inerte. El narcótico le venció, haciéndole perder la noción de cuanto le rodeaba.

CAPÍTULO V

Cuando volvió en sí, sufrió la confusión más extraordinaria e inesperada. La sensación física era de mal sabor de boca. Le dolía la cabeza y antes de abrir los ojos, se llevó la mano al cráneo que parecía iba a estallarle.

Recibió la primera sorpresa. En vez del afeitado y pulido cuero cabelludo, su mano palpó una abundante melena.

Abrió de golpe los ojos. Y la cadena de sorpresas empezó.

Se hallaba tendido en un lecho de madera tallada rodeado por cortinas. Con esfuerzo las abrió y se puso en pie.

Un cuarto ascético sin más mobiliario que un gran sillón de terciopelo granate, constituía la extraña alcoba en que se encontraba. Una pequeña puerta de madera con apliques de hierro era la única abertura en todo el reducido aposento.

A punto de abalanzarse contra la puerta se detuvo en seco, mirándose los pies. Y su mirada fue ascendiendo lentamente por todo su cuerpo.

Le cubrían los pies unas pantuflas oscuras que terminaban en pico pronunciado delante y detrás del tobillo. Sus piernas estaban enfundadas en mallas grises, ajustadas hasta medio muslo, donde se ensanchaban unos gregüescos acuchillados. En vez de americana, un jubón de verde terciopelo se ajustaba a su tórax.

Volvió a oprimirse el cráneo. ¿Estaba loco o soñaba? En sus manos quedó una peluca de negrísimos y lacios cabellos cuyo color coincidía con el de su corta barbita.

Maquinalmente, con la inconsciencia del hombre que no sabe dónde está ni que le ocurre, volvió a colocarse la peluca, cubriendo su desnudo cráneo.

Se acercó a la puerta. No era de las que saltaban en astillas por más empujones que se le propinasen. Tenía una empuñadura de tosco hierro. Rabiosamente sacudió la empuñadura.

Y la puerta se abrió chirriando desagradablemente.

Quien le había disfrazado tuvo buen cuidado de quitarle su «F. N. 7,65» de ocho disparos. Buscó algo que pudiera servirle de arma. No vio nada que pudiera servirle de ayuda en su excursión a lo misterioso.

Crispando los puños, la primitiva arma de Adán, salió fuera del cuarto. Estaba en un estrecho pasillo. Al fondo una vacilante claridad iluminaba las pesadas figuras de dos guerreros con armadura, casco y lanza.

Empezó a sentirse acobardado. El lóbrego y largo pasillo se cerraba en el muro donde estaba la puerta del cuarto que acababa de abandonar. A ambos lados del corredor había cuatro puertas distanciadas.

Imperaba un silencio total, amenazador. Quiso terminar de una vez con su incertidumbre. Fue deslizándose adherido a la pared, y a medida que se acercaba a los guerreros inmóviles, iba comprobando con un empujón si alguna puerta podía abrirse.

Pero ninguna cedía. A cinco pasos de los guerreros murmuró roncamente:

—¿Qué cochina trampa es ésta?

Avanzó tres pasos más, mascullando:

—¿Qué demonios de mascarada maligna es ésta?

Los dos guerreros, amenazadores; silenciosos, eran dos armaduras vacías. Se apoyó en una de ellas para recobrar el ritmo normal de su respiración.

Su mano rodeando el asta de una lanza, se crispó. Por entre el brazo de la armadura veía un espectáculo dantesco.

Tres enmascarados recubiertos con amplias togas encamadas, estaban sentados tras una mesa revestida de negro terciopelo. Dos candelabros en los extremos desparramaban luz fantasmal.

El enmascarado del centro ostentaba una peluca larguísima, blanca y rizada. El de la izquierda, negra y lustrosa cabellera, y el de la derecha lucía una extraña melena azafranada.

Frente a ellos, y dando la espalda al corso que seguía oculto tras la armadura, una muchacha ceñida en blanca túnica de cuello a pies, estaba suspendida por las muñecas al techo mediante una sogá.

Sus desnudos pies se apoyaban en un escabel. A su lado, otro

enmascarado removía con un largo tizón un fuego de brasas.

Y oyó el corso una voz que no le era desconocida, decir:

—Arlette Panam, ¿decidiste escribir ya en la forma que te he dicho a tu padre?

La pregunta le pareció al corso otro absurdo más que añadir a la lista de absurdos que estaba viviendo. Una voz quejumbrosa, la de la muchacha de blanca túnica, respondía:

—Ya le he escrito... No contesta... Déjenme... Yo...

—Le dirás que es el último aviso. Si no contesta pronto, trabarás conocimiento con el hierro al rojo vivo.

De la cabeza azafranada salió una voz chillona, gritando:

—¡El hierro, el hierro! ¡Que la marque al fuego!

El enmascarado que removía las brasas sacó el tizón candente y lo acercó al blanco brazo de la muchacha. Un olor a carne quemada llegó hasta el olfato del corso.

Un agudo chillido de la torturada estremeció los nervios del poco sensible corso. La cabeza de la víctima cayó hacia atrás.

El enmascarado que actuaba de verdugo anunció:

—Se ha desmayado.

Era la voz de Mireya Landa.

Con rapidez que denotaba práctica desató Mireya a la muchacha y sosteniéndola por los sobacos la arrastró hasta una puerta lateral, que abrió con el pie de un empujón, lanzando al interior a la desvanecida.

Regresó ante la mesa de los tres enmascarados. El del centro, de la blanca peluca rizada se quitó el negro antifaz, descubriendo un rostro arrugado, vivaz, de inquietos ojillos azules.

El de la peluca azafranada hizo lo mismo, mostrando un rostro sin expresión, entontecido. Ambos se levantaron y se fueron en silencio por una puertecilla al fondo.

Mireya Landa hizo un gesto anacrónico. Levantó la manga de su toga roja y contempló la esfera de su reloj pulsera.

—Son ya las siete. Antes de cenar convendría ver a Dambra.

El que había permanecido sentado se quitó la máscara. Era Burt Cabot.

—Sí. Tendremos que ir. No estará muy contento al verse vestido estrafalariamente, solo y encerrado.

No quiso oír más el corso. Fue hacia su cuarto, entró y cerró la

puerta con violencia. Cayó el pestillo exterior, encerrándole.

Entonces, para encubrir el ruido que acababa de producir, empezó a descargar sonoros puñetazos en la madera.

Mientras, una interrogante hurgaba en su cerebro. ¿Quién había abierto su puerta? Porque estaba seguro que Cabot no era hombre que descuidase los detalles.

Si aseguraba que él estaba encerrado era porque lo habría comprobado. Entonces, ¿quién había abierto la puerta?

Retrocedió. Rechinaron los goznes y entraron Mireya y Cabot.

—Venimos a darle toda clase de explicaciones. Cállese, Dambra.

Se habían despojado de sus togas encamadas. Dijo Cabot:

—¿Qué maldita trampa es ésta? ¿Y esto que es? ¿Un carnaval?

Indicó su indumentaria. Mireya recorrió la cortina de la cama, sentándose al borde. A su lado hizo lo mismo Cabot.

Señaló con la mano el sillón.

—Instálese. Ahora lo sabrá todo.

Sentándose miró el corso a la extraña pareja. El vestía bastante parecido al corso. Ella estaba ceñida en terciopelo azul hasta los tobillos. Llevaba el negro cabello suelto sobre los hombros descubiertos por escote en óvalo. En la cintura una franja de cuero le ajustaba el, talle y de este ancho cinto pendía una escarcela. Calzaba chapines de alto tacón, en negro tafilete.

—¿Por qué me han narcotizado? ¿Es así como reciben a los que piensan asociar en su negocio?

—Así debemos hacerlo —expuso Cabot—. Me basta lo relatado por Zulma y por el *Paris-Soir* para que le sirva de garantía, pero hay que estar a cubierto de imprevistos. ¿Y si fuera usted un policía?

El corso estalló en carcajadas. Cuando se le acabó el fuelle, gruñó:

—Bueno, bueno... ¿Cómo se llama este manicomio? Quiero hablar con el director.

Cabot hizo un amplio ademán que abarcaba un gran círculo.

—Amigo Dambra, le tuvimos que narcotizar porque todo esto pertenece a un lugar cuya exacta situación sólo conocemos Mireya y yo. Ni Zulma, ni Keller, ni los demás saben dónde estamos. Estas precauciones han de complacerle. Estamos así a cubierto de toda

indiscreción.

—¿Y cuando hay que salir a trabajar, también le narcotizan a uno?

—Basta con una venda en los ojos y un largo paseo en coche hasta estar lo suficientemente lejos.

—¿Por qué no hicieron lo mismo conmigo en vez de narcotizarme?

—Estamos esperando el informe de un confidente nuestro que está en la policía, para que de los archivos nos remita copia de la ficha y digitales de Marc Dambra. Toda precaución es poca. Nos ha costado mucho trabajo montar este tinglado y no quisiéramos echarlo todo a rodar por una imprudencia.

—De acuerdo. Pero ¿por qué en vez de reclutar gente, así al gancho, no se trajo su *gang* de América?

—Yo no soy el jefe. Además no queríamos emplear gente conocida en el ramo del secuestro. Escogimos el mejor sitio. Cerca de Suiza, de la Costa Azul y del norte de Italia, tres regiones favorecidas por el turismo de alta clase. Dinero en abundancia. Herederos en la flor de la edad. Nada de bebés ni ancianos decrepitos. Preferimos hijos e hijas únicas de potentados. Seleccionamos el material.

—Espléndido.

—Voy contándole todo, porque no es de temer ninguna indiscreción suya. Si usted es Marc Dambra no irá a contarle a la policía, y si no lo es, no lo podrá contar a nadie en el mundo.

—Se me antoja un exceso de precauciones, pero lo prefiero así. Trabajaré más seguro.

—Como le explicaba, estamos en un sitio francés equidistante de las fronteras suiza e italiana. Ya sé que es una reseña vaga. Los departamentos de Alta Saboya, Isère, Bajos Alpes, etcétera, pueden todos ellos reunir esta condición de equidistancia.

—La geografía no me interesa.

—Loable discreción. Es usted muy distinto al mexicano.

—¿Y ése quién es?

—Ya lo conocerá. Forma con Keller nuestra pareja ejecutiva de acción. Tienen con usted un punto en común. La afición a apretar el gatillo para evitar discusiones molestas. Prosigo. Nuestro método de operación es sencillísimo. Las notas de sociedad de los balnearios,

los movimientos de viajeros. Seleccionamos al rico heredero, hijo único. Si es hombre, lo caza Mireya. Si es mujer, la cazo yo.

—Buena táctica. ¿Me da un pitillo, Mireya?

Extrajo ella de su bolso un paquete de «Camel».

—Guárdelo. Luego le daré un cartón.

—El procedimiento de caza es fácil y no despierta sospechas. Mireya destaca enseguida entre las frívolas muchachas insustanciales. ¿Qué dificultad puede encontrar una mujer bonita e inteligente para conseguir que un rico heredero la invite a un paseo en coche? Cuando lo logra, telefonea y Keller con el camión aparecen en el sitio que Mireya le ha indicado. Y en el coche basta con un toque en la nuca al imbécil conquistador que, inconsciente, pasa a ocupar el departamento acolchado del camión, previo suministro de un narcótico. Y entonces a esperar tranquilamente el precio fijado por la devolución. Precisamente mañana hay que devolver uno.

—Ya. Y de la devolución nos encargamos Keller, el mexicano o yo, ¿no?

—Exacto. Como usted verá, esto está bien montado.

—Pero veo dos fallos.

Mireya posó sus grises ojos en el duro rostro del corso.

—¿Dos fallos?

—Perdona el tuteo, pero ya estamos en confianza. Tú eres bonita, pero tus ojos no son corrientes. A la tercera o cuarta vez que salgas de caza, te cazarán. La policía informada por los devueltos, buscará por todos los lugares de lujo a una morena de ojos grises, de blanca piel y cuerpazo de película.

—Bien observado —aprobó Cabot—. Pero hasta ahora Mireya sólo ha salido de caza dos veces; una en Suiza y otra en la Costa Azul. Su tercera y última salida será en el norte de Italia.

—¿Abandona ella la partida?

—No, pero precisamente para evitar el inconveniente que has citado, tenemos ya una nueva recluta. Una muchacha italiana que aleccionada por Mireya, la sustituirá.

El corso levantó la diestra como el boxeador que se declara vencido.

—Cierro la boca. Veo que todo está bien estudiado.

—No, no. Dinos el segundo fallo —instó Mireya.

—En este negocio, la devolución es el punto débil. Apresar la mercancía es cosa fácil, pero ir a devolverla es lo peliagudo. Los padres, tutores o lo que demonios sean, se muestran conformes en pagar la cantidad pedida. Pero, por ejemplo, yo cojo el fardo y voy a devolverlo a la familia, ¿qué pasa con la nube de policías que rondará alrededor?

—Hemos conseguido reducir los riesgos al mínimo. El fardo, como le llamas, avisa por carta a su familiar que el pago se efectuará en las siguientes condiciones:

Primero, en el sitio, día y hora que se indique, será depositada la cantidad fijada. Siempre por la noche. Segundo, en evitación de billetes marcados, el de la banda que los recoja procederá a cambiarlos. Tercero, si en alguno de estos trámites el cobrador es molestado, la mercancía no será devuelta nunca. Cuarto, la mercancía se devolverá inmediatamente de realizadas sin riesgo estas operaciones.

—Bien. Los padres aceptan todas las condiciones y juegan limpio. Acertado. Pero si algún policía huele el asunto, seguirá al cobrador como un sabueso.

—De noche y por el monte, es difícil.

—Pero ¿y al cambiar los billetes? Hasta los estanqueros tendrán la lista de los billetes.

—Éste es el punto en que se caza a los tontos, amigo Dambra. El dinero que se percibe tan pronto llega a mis manos viaja enseguida rumbo a América y regresa cambiado en bonitos dólares. Lo lleva y trae un elemento seguro.

—Entonces, si hay que esperar a que el dinero regrese de América, la mercancía se devuelve muy tarde y ya con arrugas.

—Sabiendo que lo máximo que pueden hacer es dar la lista de los billetes en todos los lugares posibles, pero nunca fuera de Europa, el mismo día que los recogemos, devolvemos el fardo. Y así nunca nos localizarán. Tú mismo verás lo fácil que es. Tan pronto como se solucione lo de Arlette Panam, serás el encargado con Keller de devolverla.

—¿Los dos a la vez?

—Keller se encarga del fardo por ejemplo, y tú de recoger el importe. Confío en que antes de una semana el padre de Arlette contestará. Nos ha extrañado que no haya contestado aún y esta

tarde hemos tenido que suplicar a Arlette para que convenza a su papá de que no se haga el remolón.

Comprendió el corso por qué Mireya había aplicado un tizón encendido en el brazo de Arlette Panana. Cabot sonreía desagradablemente. Mireya rió con risa clara, casi ingenua.

Inquirió Cabot amablemente:

—¿De qué te ríes?

—¿No te parece que Dambra con su barbita y esos ojos sesgados, encantará al viejo? Es un clásico Médicis.

—Voy a explicarte todo esto de los disfraces, Dambra. El primer punto importante para nuestro negocio era hallar un rincón seguro. Éste lo es. El dueño del castillo al que llegaste en el camión tiene muchas posesiones diseminadas por Francia. En una de ellas nos hallamos. Su dueño, un viejo noble francés, tiene la manía del retorno al tiempo antiguo. Mireya que tiene mucho ascendiente sobre su hijo, un pobre imbécil, estimula en ellos dos su ideal de revivir en la Edad Media. Y sin saberlo, los dos chiflados nos sirven de pantalla. Nosotros somos sus invitados permanentes que de vez en cuando traemos amigos para hacer más amenas las veladas.

—¿Y las autoridades no meten las narices en estas diversiones?

—No. El viejo es título de campanillas, sin más familia que su hijo. Y de puertas para adentro, este recinto sólo contiene cortesanos. Sí, sí. La locura del padre consiste en bautizamos con nombres históricos. Para el viejo, Mireya es Diana de Poitiers. Yo, el señor de Brantôme, y Zulma es Blanca Capello. Luego te prestaré un diccionario histórico.

Rió el corso a gusto. Preguntó a continuación:

—¿Y a mí quién me bautizará?

—Mireya es la que presenta a los invitados. A la italiana que está adiestrando para sustituirla, la presentó como a Victoria Colonna. Mireya está empollada en historia.

Tomó ella la palabra:

—Al hijo del viejo lo saludamos como a Cosme de Médicis. El padre es el Gran Duque Alejandro de Médicis. Ahora te presentaré, y recuerda. El viejo es Alejandro, el hijo Cosme. Tratamiento de Su Excelencia.

—Bueno, ¿y yo quién diablos soy?

—Al mexicano le presenté como a Lorenzo de Médicis, y a Keller

como a Francisco de Rabelais. Tú serás... ¡Pedro el Aretino! Tiene un rostro muy parecido al del licenciado poeta italiano que fue el protegido de Juan de Médicis.

—¡Bien va! Soy el Aretino. Pero ya me soplarás si me veo apurado, ¿no? Toda esta mascarada es ridícula, pero todo sea por los beneficios. Y hablando de esto ¿qué partes se hacen? ¿Por qué dais por seguro que formaré parte de vuestra panda?

—Donde hay dinero fácil Marc Dambra no se lo piensa dos veces.

—Me gustaría discutir el asunto con el jefe.

—El jefe guarda el incógnito mientras le conviene. No reside aquí. Ya le conocerás. Por cada rescate hacemos tres partes: una, el jefe, la otra Mireya y yo, y la tercera se reparte entre Zulma, Keller y el mexicano.

—Yo tengo la categoría que juntos puedan sumar Keller y el mexicano, a quien no conozco. Y esto quiero cobrar: el doble que ellos.

Se levantó Cabot.

—Lo tomas o lo dejas, Dambra. Cuando tenga tus huellas digitales podrás marcharte si quieres. Sé que no les irás con el cuento a la policía, porque esto no te salvaría de la guillotina.

—No soy ningún chivato. Pero yo he trabajado siempre solo y no he repartido con nadie.

Intervino Mireya:

—Óyeme bien, Dambra. Un día de estos Cabot saldrá por su tercera presa. Y luego, como a mí, tendrán que sustituirle. Quizá tú sirvas. Tienes cerebro y no serrín como el bruto de Keller o el asesino fanfarrón del mexicano. Propondremos que percibas el doble que cualquiera de los restantes. Es decir, casi lo mismo que Cabot.

—Esto ya me suena mejor. ¿Cuándo empezaré a cobrar?

—Dentro de una semana a lo sumo, será preciso devolver a Arlette, viva o muerta. Tú y Keller os encargaréis.

—¿Cuál será mi parte?

Se levantó Mireya.

—Si el jefe admite mi sugerencia, percibirás alrededor de unos cien mil francos. Nuevos y fuertes, claro.

Dambra miró fijamente a Cabot.

—¿Ves tú? Hablándome en plata como lo hace esta chica, el corso es un buen muchacho.

Mireya aquietó el ambiente:

—Daos la mano. Os garantizo que nosotros tres nos retiraremos antes de un año rondando un par de millones bien ganados.

Cabot y el corso se estrecharon la diestra.

—Y ahora, atención a la comedia. Son ya las ocho...

—¿De cuándo? ¿De la mañana o de la noche? Porque sin ventanas...

—Aquí no hay luz solar. El viejo se alumbra solamente con candelabros. Nosotros añadimos un montaje de luz eléctrica indirecta en todas nuestras habitaciones. Bueno; son las ocho de la noche y el Gran Duque Alejandro estará impaciente esperándonos para cenar. ¿Eres buen comediante, Dambra?

—Creo que me defenderé bien, Diana de Poitiers.

Saludó Mireya con una reverencia a la antigua.

—Adelante, mis nobles señores Brantôme y Aretino. El Gran Duque Alejandro nos espera.

CAPÍTULO VI

Al pasar por delante de las puertas que flanqueaban el estrecho corredor, fue Mireya indicando a quien pertenecían las habitaciones.

—Éste es el cuarto de Zulma. Éste el de Keller. El de Cabot. El mío. El del mexicano. Y el de Alida. Estos dos son los cuartos de baño.

Habían llegado ya a la desembocadura del pasillo, a la altura de los dos guerreros inmóviles.

Donde una hora antes estaba la mesa recubierta de negro terciopelo presidida por tres enmascarados, vio ahora el corso la misma mesa recubierta de blanco mantel, con profusión de vajilla de plata.

Los mismos candelabros iluminaban ahora un alegre cuatro animado. Cuatro individuos ataviados a la moda del siglo dieciséis, y dos mujeres con el mismo ropaje que Mireya, en una de las cuales le fue fácil al corso reconocer a Zulma Faroer, que le dedicó un guiño amistoso.

Cogió Mireya de la mano al corso mientras se aproximaba al que presidía la mesa. El viejo de rostro arrugado y ojillos ratoniles que dijo con voz temblona:

—Bienvenido sea quien honra mi mansión con su gallarda postura.

Replicó Mireya:

—Excelencia, esta noche le reservaba la sorpresa de presentarle a micer Pietro Aretino.

El anciano palmoteo gozoso:

—¡Bienvenido, bienvenido, noble poeta! Mi pobre morada te pertenece.

Y con gesto pleno de empaque el anciano tendió su mano para que el corso la besara. Rozó el invitado con su nariz el extremo de

los dedos.

El viejo ladeó la cabeza y amenazando sonriente con gesto malicioso al poeta manifestó:

—Micer Aretino, eres algo duro con los nobles que te protegen, pero se te perdona por lo bien que versificas. Toma asiento donde mejor te plazca. *Madame* de Poitiers te presentará a mi Corte.

Mireya acompañó al corso a dos sillas más allá, susurrándole:

—Inclina la cabeza a cada nombre que yo pronuncie.

Designó ella al que se sentaba junto al anciano:

—Cosme de Médicis, hijo del Gran Duque Alejandro.

El corso inclinó la cabeza ante el individuo de cara idiotizada y peluca color azafrán que contestó a su saludo con mueca bobalicona.

—Blanca Capello.

Le resultó agradable al corso ver la luminosa sonrisa de Zulma.

—Victoria Colonna.

Un semblante precioso, de finos trazos adolescentes, le hizo adivinar al corso que se trataba de la italiana Alida.

—El señor de Brantôme.

Los ojos sarcásticos de Cabot le miraron.

—Lorenzo de Médicis, también conocido por Lorenzino.

Una cara adiposa, bronceada, le sonrió amistosamente desde el sillón que estaba a su lado.

—El señor de Rabelais.

Los macizos rasgos de Keller grotescos bajo la rubia peluca ostentaban enfurruñamiento.

El Gran Duque exclamó:

—¡Toma asiento, micer Aretino! Ya conoces ahora a mi excelsa Corte. Acomódate a tus anchas. Aquí seguimos la máxima de Messire Rabelais —y su enjoyada mano designó a Keller— que con el talento que da la experiencia ha fundado su abadía de Thélème, cuyo reglamento tiene una sola cláusula: «Fais ce que tu voudras». (Haz lo que quieras).

Se sentó el corso entre Zulma y el desconocido que respondía por Lorenzo o Lorenzino.

La conversación se animó entre el anciano, Cabot y Mireya.

Enseguida supo el corso quién era el que estaba a su derecha. Un acento cantarino le susurró:

—¿Qué, amiguete, te divierte el festejo? Yo soy Curro Puebla, el mexicano famoso. ¿Oyó de mí? Soy bastante conocido en la Prensa.

Murmuró el corso:

—Hermoso país México.

En voz baja intervino Zulma:

—No olvidéis que todavía México está sin descubrir. ¿Te has dado cuenta de lo precioso que está Keller?

La peluca le sienta como un par de guantes a un pato.

—Tú sí que estás preciosa, Zulma.

—Oh, oh... ¿Eres capaz de piropear, corso?

—Viéndote, sí. Además, tú eres la única de esta pandilla que me parece real, de carne y alma.

No había servicio. Sobre la mesa, grandes fuentes ofrecían distintos manjares y abundaban los frascos.

Media hora después, saciado su voraz apetito se levantó Keller, imitado por Puebla. Vio el corso que Mireya con un ademán le designaba a los que se marchaban en dirección al pasillo. Levantóse y fue tras ellos.

El Gran Duque estaba absorto en animada charla con Alida, la italiana. Mientras, su hijo, con expresión de memo, migaba bolitas y con agudas risas las tiraba al escote de Mireya.

Al entrar en su cuarto, Keller con gesto rabioso tiró al suelo su preciosa peluca rubia.

—¡Maldita sea! Que yo, Tony Keller, el que despachó a Jack Dude Diamonds, tenga que andar haciéndole cucamonas a un viejo chiflado... Si no fuera por lo seguro que está uno aquí dentro, y el paquete de billetes que se gana...

—No se caliente, gringo. Aquíétese hombre. Piense que sería más desagradable bailar un chapeo en la cámara del gas.

—¡Es más acaramelado que la nata tostada! —refunfuñó Keller.

El corso se había sentado en uno de los cuatro sillones que rodeaban la mesa de patas torneadas.

El mexicano, sin inmutarse, sentóse al lado izquierdo del corso.

—¿Qué, gachupín? ¿Le gusta el relajo de la casona?

Keller sentándose a la derecha del corso se frotó las yemas.

Curro Puebla propuso insinuante:

—Una mesa, tres buenos muchachos y ganitas de tirarle de la oreja Jorge... ¿Jugamos? ¿Como siempre o como caballeros?

Rió él mismo el chiste sobado, mientras Keller sacaba de un cajón de la mesa una baraja de *póker*. Dijo menos ceñudo:

—Esto ya está mejor. Ya somos tres. Hasta ahora para empezar la partida teníamos que aguardar a que el viejo despidiese a las chicas. ¿Qué, empezamos? Restos de mil.

—Lo siento, compadres. No tengo ni chapa. Vine limpio de bolsillo.

—Esto tiene arreglo.

Keller se levantó y recogiendo del suelo su peluca salió del cuarto.

—¿Dónde va? —preguntó el corso.

—Segurito que va por la cajera, doña Mireya. Rica hembra, ¿eh?

—¿Hay probabilidades con ella?

—Ni por pienso. Cabot la quiere todita para él.

—¿Y Zulma?

—Fenomenal, pero tonta. No le gusta el bromeo. Si no me madrugo, no más tarde que «antiyer» me suelta un mojicón. Y total por nadita; sólo intenté besuquearla.

Entraron en el cuarto Mireya y Keller.

—¿Cuánto quieres, corso? Te lo descontaré del primer reparto que te corresponda.

—Creo que me bastarán cinco mil.

Mireya colocó delante del corso cuatro billetes de mil y dos de quinientos. Preguntó Keller:

—¿Echas unas manos, Mireya?

—No puedo. Tengo que volver con el Gran Duque. Pero luego vendré.

Al quedarse solos ellos, suspiró el mexicano:

—¡Lástima de guapura! Si no fuera por Cabot, probaría yo suerte.

Se atusó el bigotillo. Keller que había empezado a barajar criticó:

—No piensas más que en mujeres. Deberías mirarte primero al espejo, cara de torta.

Por lo visto el mexicano era muy susceptible en lo que a su físico se refería. Dijo torvamente:

—Tú, gringo, el día menos pensado te taladro. Te dejo perjudicado para los restos. Me sobra una mano para desollar

yanquis.

—Cállate ya, bocazas, y no te comas a nadie crudo. Vigila mejor tus billetes, porque te voy a dejar hecho un mendigo.

A la tercera vuelta, le avisó Keller al corso:

—Como eres nuevo en la partida, te voy a dar un consejo. Vigílale las manos al tipo ése, porque es más hábil que un mico.

—Ya me he dado cuenta que no estoy en un convento. El mexicano no se dio por ofendido. Canturreó:

—Manía, purita manía que me tiene el compadrito yanqui. Juego más decente que un sacristán manco.

Poco después al ver que en una jugada de envite fuerte el mexicano extendía sobre la mesa tres ases y dos damas, protestó Keller:

—Tú, asqueroso fullero, no te vale este *ful*.

Curro Puebla echó atrás su sillón.

—¿Cómo que no vale? ¿Puede saberse por qué? ¡Esto es plata de ley!

—¡Te la pagará el demonio! —Y Keller iba a pasar a vías de hecho, cuando él y su antagonista se petrificaron asombrados.

El corso recogía los billetes de la jugada, a la par que extendía sobre la mesa cuatro sietes y un as.

—El que gana soy yo, palominos. ¿Qué os creíais? ¿Qué estaba de adorno?

Muy oportunamente entró Cabot. Sin peluca ni disfraz, revestía una gabardina.

—Keller, y tú, mexicano, dejad la partida. Hay trabajo esta noche.

Sin comentarios salieron los dos interpelados, seguidos por Cabot.

Cuando iba a salir el corso, se halló frente a Mireya y Zulma. La francesa preguntó:

—¿Vas a dormir?

—Cabot se llevó a los dos compadres. ¿Van a bailar una pavana ante el Gran Duque?

—Han ido a devolver al hijo de un holandés que leyó mal en mis ojos. Donde había codicia, creyó ver deseo amoroso.

Zulma asistía en silencio al diálogo.

Y otra vez, impulsivamente, sintióse el corso atraído hacia la belleza casi infantil de la danesa, tan distinta a la hermosura inquietante y maligna de Mireya.

—¿Tardarán mucho en volver? —preguntó él.

—Depende. Cuando menos, unas cinco horas.

—Entonces, supongo que nada se opone a que me vaya a dormir. A menos que tenga que asistir de nuevo a la mascarada.

—El Gran Duque y su hijo viven en otra ala del edificio y a las diez de la noche se encierran para no volver a aparecer hasta la siguiente —explicó Mireya—. Si quieres puede seguir la partida en mi cuarto, con Zully, Alida y yo.

—No, gracias. Nunca juego con mujeres.

En el estrecho pasillo se puso Mireya a su lado.

—¿Te asustan tanto las mujeres?

—Mucho. Y al *póker* aún más. Buenas noches.

Apenas quedó en su cuarto, la puerta giró pesadamente sobre sus goznes y el pestillo cayó por la parte de fuera.

Cuando Cabot, Keller y Puebla, de regreso de su excursión, penetraron en el cuarto de Mireya, dormía ésta con la cabeza apoyada en los brazos sobre la mesa.

Acarició Cabot la cabeza de la francesa.

—Despierta, mujer. Son ya las nueve de la mañana.

Alzó ella el rostro, sobresaltada.

—¿Todo bien, Burt?

—Hemos tardado un poco más que de costumbre Curro no daba con el camión.

—¿Qué pasó, Curro? —preguntó ella al mexicano.

—Que me desorienté un poco en la noche.

Keller señalando con el pulgar al mexicano, decretó:

—Este tipo no me acaba de gustar. Es un cobarde fanfarrón y vamos a tener un disgusto por su culpa.

—Tú andas buscando que te raje de boca a ombligo —murmuró Curro Puebla.

—¡A callar los dos! —ordenó Cabot—. No quiero peleas. Ha salido bien el asunto y una desorientación la puede tener cualquiera, Keller. De modo que chitón y a vuestros cuartos.

Al quedarse solos Cabot y Mireya, abrazóse ésta al americano.

—Temí que te hubiera pasado algo.

—No era aquí cerca donde había que soltar al holandés. ¿Qué hizo Dambra al irnos nosotros?

—Apenas os marchasteis se fue a acostar.

—Creo que esta misma mañana tendré la ficha de Dambra que le pedí a Renard por telégrafo.

—Gran ayuda la del subinspector Renard.

—Es el zorro entre los corderos, si es que se puede llamar corderos a los policías.

CAPÍTULO VII

Oyó el corso el ruido del pestillo exterior, y por la puerta entreabierta murmuró la risueña voz de Zulma Faroer:

—¿Se puede, micer Aretino? ¿Estás presentable?

—Pasa, muchacha. Llevo una hora paseando como un oso aburrido.

La danesa entró portadora de una bandeja que despedía grato aroma.

—¿Más narcótico? —refunfuñó el corso—. Estoy harto de tantas precauciones. Me revientan las puertas cerradas.

Zulma depositó la bandeja en el sillón.

—Yo soy inocente, que me registren. Aquí no soy nadie. Me limito a cumplir lo que me ordenan. Nos turnamos Alida y yo de camareras. Esto evita una servidumbre indiscreta.

—Las precauciones son buenas a veces, pero he salido de una jaula y no quiero vivir en otra.

—Yo de ti, corso, me desayunaría tranquilamente y luego me desahogaría con los que pueden solucionar algo.

—¿Qué eras tú antes de venir aquí, Zulma?

—Creo que era camarera en un hotel, pero ya hace tanto tiempo que no lo recuerdo bien.

—¿No tienes ni veintidós años y ya has olvidado tu pasado?

—Cuenta Keller que en América dicen: «No preguntes al no quieres oír mentiras».

Sentóse él en la cama y empezó a untar mantequilla en una tostada.

—Oye, ¿puedo tragarme esto sin cuidado o voy a despertar mañana en plena Edad de Piedra?

—Si te digo que no hay peligro, ¿me creerías?

—Sí. Seré idiota, pero es así.

—Ah, entonces, ¿te inspiro confianza?

—A medias. Creo que eres una buena chica y nuestra compañía no te conviene.

—Marc Dambra no puede ser un predicador.

—No lo soy, pero tú eres casi una niña. En tus ojos no hay malignidad sino más bien temor. Un temor que vences con tu juventud de espíritu. Vete a otro sitio, créeme, lejos de aquí.

—No puedo —murmuró ella en voz casi imperceptible. Y rehaciéndose, agregó—: Si Mireya o Cabot te oyesen, quizá no les gustase tu opinión.

—¿Qué es lo que no me gustaría? —Y Cabot entró a la vez que hacía la pregunta.

—Dice Dambra que no le convence mezclar chiquillas como yo en asuntos de importancia porque somos charlatanas.

Alzó desdeñosamente los hombros Cabot.

—Bien sabe ella que el plomo es el mejor retén de la lengua. Ha llegado lo que estaba esperando, Dambra.

Iba vestido con larga bata de seda. Inesperadamente sacó del bolsillo un revólver.

—Es el tuyo, Dambra. Te lo devolveré, apenas mojes tu pulgar y tu índice.

Con la zurda colocó sobre el sillón una cajita-tampón. En su diestra el revólver se mecía indolentemente.

—Tú, Zully, vete.

La danesa se fue, echando una ojeada al corso que ennegrecía la yema de sus dedos en el tampón, aplicándolas seguidamente sobre la cartulina blanca, que, encima de la bandeja, había puesto Cabot. Éste recogió la cartulina con las huellas recién impresas.

—Bueno, muchacho, dos minutos. Tengo que comparar esto con la ficha de la policía. Volveré para darte tu herramienta o para vaciártela en el cuerpo.

—¡Anda ya, guasón! No tardes, que quiero dar una vuelta por este túnel.

Salió Cabot y resonó de nuevo el pestillo exterior. El corso rió silenciosamente.

Pasaron unos minutos y reapareció Cabot.

—Comprobado. Eres de los nuestros, Dambra. No puede molestarte el exceso de precauciones. Toma —y le tendió el revólver, con su funda y tirantes.

—Bueno, hombre, bueno. Ya esto es obrar con decencia.

Quitándose el jubón de piel sujetó su funda sobaquera, exhalando después un suspiro de inmensa satisfacción.

Al volver a colocarse el jubón, dijo:

—Te parecerá absurdo, Cabot, pero sin este trasto no sé andar. Es como si me faltara una pierna.

—Lo comprendo. Bien, dentro de una semana aproximadamente, te estrenarás. Habrá que devolver a Arlette Panam, y tú te encargarás de ello con Keller. Otra cosa... Puedes andar por aquí dentro del pasillo y en todos los cuartos de éste, libremente. Pero no te metas más allá del comedor donde anoche cenamos. En la otra ala del edificio viven el viejo y su hijo. No quieren que nadie vaya por allí.

—De acuerdo, Cabot. Mientras haya una baraja, no me aburriré.

—¿Qué te parece una radio y una licorera?

—Me parece estupendo.

—Pero bebe con tino, muchacho no vayas a jugar con la peluca del Gran Duque.

Rieron ambos. Explicó Cabot:

—El confidente que tenemos en la jefatura de policía parisiense, un subinspector muy bien considerado entre los suyos, un tal Renard, es el que me ha enviado la ficha del archivo. Oye ¿no te habrán molestado tantas precauciones?

—Hasta ahora, sí. Pero viendo lo seguro que pisáis me satisface haber pasado estos tragos. Lo que más me molestaba, era pensar que hubiese la menor desconfianza en mí.

—Bueno, me voy a acostar. Estoy rendido. El trabajito de esta noche ha sido largo. Ya te contaré cuando me levante. Abur.

—Hasta luego, jefe.

Ya con la mano en el abridor de la puerta, volvió Cabot el rostro.

—Gracias por el halago. Pero no olvides que yo no soy el jefe. El jefe te llamará cuando convenga.

Y salió. Poco después, el corso recorría el pasillo hasta llegar a la sala donde había visto «convencer» a Arlette Panam. La italiana Alida y la danesa Zulma estaban desayunando.

—Hola, preciosas. ¿Qué puede uno hacer aquí para entretenerse?

—Cuéntate chistes que no sepas —dijo Alida.

El corso la observó críticamente.

—Graciosa, ¿eh? Por mí no te esfuerces en lucir tu ingenio.

Sentóse frente a ellas. Y los ojos se le fueron en dirección a la puertecita por donde Mireya había arrojado a la desmayada Arlette. Oyó un leve crujido a su espalda, y una mano menuda, ensortijada, se posó en su hombro.

Volvióse a medias y vio al viejo noble francés que le miraba riendo.

Levantándose, murmuró:

—Excelencia.

—Buenas mañanas, micer Aretino. Venía en busca de tu compañía. Ha de ser delicioso oírte recitar un soneto de éstos tan cáusticos que sabes componer.

Pensó el corso: «Vas aviado, pichón».

La italiana prorrumpió en una risita burlona. Dijo el viejo:

—¡Dulce juventud, siempre alegre! ¿Verdad, micer Aretino?

—Siempre, Excelencia.

—Dejemos solas a estas bellas damitas y hazme el honor de seguirme a mis habitaciones privadas.

Cerró tras sí la puertecita el anciano y hallóse el corso con él en un vasto y largo corredor en cuyo final una gran panoplia rebosante de espadas y dagas parecía cerrar el paso.

—Micer Aretino, no sé si sabrás que en mi ilustre familia abundan los conspiradores.

Iban avanzando por el corredor. El corso estaba dispuesto a decir que sí a todo.

—No lo ignoro, Excelencia.

—No en vano los Médicis somos poderosos por la cuna y el peculio.

—De acuerdo, Excelencia.

Habían llegado frente a la inmensa panoplia. El anciano descolgó una fina espada florentina, que hizo cimbrar en el aire.

—¿Estás versado en esgrima?

—¡Oh, no, Excelencia!

—Natural, natural. Tú manejas la pluma que hiere de otra forma más honda y penetrante.

A ambos lados de la panoplia caían hasta el suelo dos cortinones

de rojo terciopelo. Y le pareció al corso que uno de los cortinones se movía.

—Has de saber, micer, que en el libro de mi destino está escrito que un conspirador atentará contra mi vida. ¿Y sabes cómo se llama tal malandrín?

Su espada se agitó amenazadora. El corso lamentó no haberse interesado nunca por la historia de los Médicis.

—Usted me lo dirá, Excelencia.

—Se llama Lorenzino de Médicis. ¡Muere, bellaco!

Pegó un respingo el corso. Pero la inquietante espada del anciano no se dirigió contra él, sino hundiéndose entre los pliegues del cortinón que había visto el corso moverse, provocó un agudo grito de dolor.

Y el mexicano Puebla cayó a los pies del anciano con el jubón tinto en sangre a la altura del pecho.

—¡Demonio! —rezongó el corso—. ¿Qué hacía este pichón oculto tras la cortina?

El mexicano procuraba contener con su palma la sangre que manaba de su herida.

El anciano aulló:

—¡Cosme, Cosme, ven!

Una de las puertas que daban al corredor se abrió, Apareciendo el idiota, preguntando:

—¿Me llamabas, papá?

Sus ojos de un pálido azul, inexpresivos, se fijaron primero en el corso y luego vio en el suelo al mexicano, retorciéndose. Abrió la boca y balbució:

—¿Qué es esto, papá?

—Hijo, la historia es historia. Lorenzino entró esta mañana aquí, en este sagrado recinto y le vi esconderse tras aquella cortina. Y he querido que micer Aretino fuese testigo de que mi mano no es criminal, sino justiciera. Llama, hijo mío, al señor de Brantóme.

Desgarró el corso el jubón del mexicano. Hizo un torniquete para contener la hemorragia.

—¿Qué haces? —interrogó el viejo coléricamente.

—Este hombre se desangra. Hay que taponarle el boquete.

—¿Te lo he ordenado acaso, señor poeta? Me pareces asaz impertinente.

Envuelto en una bata y en zapatillas, acudía Cabot acompañado del bobo.

—Excelencia, vuestro hijo me dice...

—La providencia ha querido que mi mano se anticipase a la de este asesino —y el viejo señaló al mexicano que con expresión de terror, contemplaba al grupo que en pie le rodeaba.

—¡A la horca con él! —gritó Cosme.

Alzó el viejo la mano.

—Tendrá la muerte de los conspiradores. Esta noche el verdugo lo quemará a fuego lento.

El mexicano rezongó:

—Cabot, sácame de aquí. Yo te contaré...

—¿Qué murmura el vil bellaco? —exclamó el viejo.

—Confiad en mí, Excelencia —le aplacó Cabot—. Esta noche el verdugo se las entenderá con esta carroña.

—Bien, lleváoslo... Y enseñad a micer Aretino las máximas de la cortesía palaciega. Idos.

Apoyado en Cabot y el corso, el mexicano vacilante salió de allí. En el comedor estaban Zulma, Mireya y Alida. Al cerrarse la puerta que los separaba de las habitaciones del viejo, Cabot fruncido el ceño, preguntó:

—¿Qué hacías ahí dentro, Mex?

El herido se dejó caer en un sillón.

—Curadme y dadme algo de beber.

—Pero ¿qué ha pasado? —interrogó Alida.

—Tú, vete —ordenó Cabot—. Y tú, igual.

Silenciosamente, Zulma y Alida abandonaron la estancia. Mireya tendió al mexicano un vaso rebosante de coñac que el herido apuró ansiosamente. Mientras, con una servilleta empapada en aquel licor restañó el corso la herida.

—No es nada —comentó—. No le ha atravesado el pulmón; la sangre es limpia, colorada. Suerte que el viejo orate es débil...

—No te hemos contratado de enfermero —atajó Cabot. Y dirigiéndose al mexicano lo asió por el cuello—. ¡Tú, grasoso! ¿Qué hacías en las habitaciones del viejo? Sabes que te lo prohibí.

—Quería ver aquello.

—¿Sí, eh? Pues conmigo el que se va de la vista es como el que se va de la lengua.

Y Cabot descargó un puñetazo en la mandíbula del herido, que cayó al suelo inerte.

—¿Qué vais a hacer con él? —preguntó el corso.

—¡Tú, a callarte si no quieres también jaleo! —amenazó Cabot.

—Poquito a poco, pichón. Yo no soy ni Zulma ni este imbécil que acabas de noquear. Tú no eres el jefe, o sea que a mí no me amenaces si quieres conservarte bien de salud.

Abalanzóse Cabot con los puños cerrados, pero se interpuso Mireya.

—¡No seáis idiotas! —exclamó enérgicamente—. Tú, corso, no tienes nada que preguntar, pero tú, Burt, tampoco debes amenazarle. Tenéis mal genio los dos y con disputas no arreglaréis nada. Al fin y al cabo este hombre sobra —y su mano afilada señaló al caído—. Tarde o temprano nos había de dar un disgusto... Más vale eliminarlo.

—El viejo ha dicho que esta noche le den tormento, que lo asen poco a poco como si México fuese una castaña pilonga —expuso el corso—. ¡Hay que ver lo loco que está el pobre!

Se miraron Mireya y Cabot.

—Una de las condiciones que, según te dijimos, nos interesaba en nuestros asociados, era que no se extrañasen de nada —dijo Mireya—. El viejo y su hijo, para revivir más realmente su retorno a la Edad Media, gustan simular tribunales de aquellos tiempos.

—Pero ¿queréis hacerme creer que es verdad esto del verdugo, de las hogueras y demás pamplinas?

—Mira, Dambra, habíamos decidido ya eliminar al mexicano y que muera de una forma u otra es lo mismo, ¿comprendes?

—Achicharrar a un hombre para dar gusto a dos locos, no me llena.

—Nadie te pide que lo hagas tú ¿me oyes? Además, no me vengas ahora con escrúpulos.

—Si mi único escrúpulo es no tener escrúpulos —afirmó el corso secamente—. Que se entretenga el viejo con un cuerpo vivo o muerto, dará lo mismo, si se le dice que está desmayado, ¿no?

—Claro.

—De todas formas ya has decidido que México muera, ¿no es así?

—Sí, esto ya está decidido.

—Bueno, México, adiós y feliz viaje.

Y el corso se inclinó sobre el cuerpo del que yacía inanimado.

Cabot y Mireya se sobresaltaron atónitos.

En el comedor resonaron retumbantes los dos disparos.

Y enderezándose, el corso volvió a enfundarse bajo el sobaco el revólver aún humeante.

CAPÍTULO VIII

Disipó Mireya con una risa burlona la tensión que el imprevisto acto del corso produjo en sus nervios.

—Conste, Dambra, que por haber matado a ese hombre desvanecido no cobrarás ninguna comisión.

—¿Se puede saber a qué venían tantos remilgos? Ahora acabas de liquidar asquerosamente al tipo ése —comentó Cabot.

Pero en su voz alentaba la admiración que le producía ver la frialdad con la que el corso mataba.

—Escuchadme bien, hermanos. Yo soy el primero en no tragar los espías y los cobardes. Pero yo mato, no atormento, ¿estamos?

—Extraña filosofía sensiblera en un asesino —comentó Mireya —, pero en fin hemos quitado de en medio una molestia.

El corso se dirigió a su cuarto. Bebió un sorbo largo de coñac. Lo necesitaba. Al secarse la boca con el dorso de la mano vio abrirse la puerta y Keller irrumpió en el cuarto.

—¡Chócala, hombre!

—¿Qué pasa? ¿Te tocó la lotería?

—Oí el par de estampidos que me despertaron. Y he visto al mexicano hecho papilla. Me dijo Cabot que lo despachaste por entrometido y cobardón. Contigo trabajaré a gusto, muchacho.

—Y yo, Keller. Y mira, me vas a hacer un favor. Le dices a Cabot y a Mireya que le cuenten lo que quieran al Gran Duque... Que me he vuelto a Florencia o que me ha pillado un tren, cualquier cosa, pero que no piensen que vaya a ver los títeres. Prefiero cenar sólo en mi cuarto. No haría buenas migas con el carcamal ése y a lo mejor estropeaba el pastel.

Ya eran seis las mañanas que, consecutivas, entraba Alida con gesto displicente portadera del desayuno. El corso había inferido a la italiana el peor de los insultos. Era el único hombre que a sus

insinuaciones no había respondido hasta entonces más que con absoluta indiferencia, casi rayana en el desprecio.

Aquella mañana quiso el corso salir de dudas.

—Me contó Zulma que os turnabais. ¿Cómo es que ahora a diario eres tú quien me trae la pitanza? ¿Por qué parece rehuirme la danesa?

—Dice Zulma que le inspiras asco porque eres un matarife sin alma.

Rió el corso suavemente.

—Tiene gracia. ¿Qué quería ella? ¿Que tocara el arpa y leyera poesías del tío ese que, llaman Aretino? A ver si la momia del Gran Duque os está contagiando su locura.

Alida antes de salir se volvió para mirar al corso con ojos cargados de antipatía.

—Nunca he visto un tipo más odioso que tú.

Frotóse el corso las manos como si hubiese oído un cumplido.

Salió al pasillo a desentumecer las piernas. Al pasar frente al cuarto de Zulma se detuvo. Iba a hacer un experimento. Repicó con los nudillos en la puerta. Entreabrióse ésta y asomó la rubia danesa.

Al ver quien era, quiso cerrar, pero el pie del corso se lo impidió. Y ella retrocedió, temerosa.

Con la espalda apoyada en la puerta por dentro, quiso el corso sonreír amistosamente, pero olvidaba que sus ojos oblicuos le daban una máscara maligna.

—Chiquilla, ¿me quieres contar qué avispa te ha picado? ¿Por qué me huyes?

—¡Vete!

—¿Por qué, paloma? Soy yo, el «hombre interesante» que perseguiste por París.

Y ocurrió algo inesperado que desconcertó completamente al corso. La danesa inclinó la cabeza, pero no lo bastante pronto para ocultar las lágrimas que se agolpaban en sus ojos azules.

—¿Lloras, chica? Tú tienes un secretillo y si se lo contasen al buen corso, quizás...

Y en ademán cariñoso le acarició la mejilla. Echóse ella atrás y con sus lágrimas se mezclaron en su mirada destellos, de ira.

—¡No me toques! Asesino...

—Muchacha, no seas absurda. Si mi tarjeta de presentación fue

precisamente el tiro que le solté al policía, ¿qué de extraño tiene lo que aquí pueda haber ocurrido?

—¿Te vas o salgo yo?

—Bien, que me aspen si te entiendo.

Y perplejo abandonó él la habitación de la danesa.

Acababa de cenar y se disponía a matar el tiempo con la radio, cuando en su cuarto entraron Cabot y Keller. Ambos vestidos con traje de calle, gabardina sombrero.

—Anda, vístete de persona que esta noche vamos a trabajar —y Cabot echó sobre la cama el traje gris con el que entró el corso en el misterioso castillo.

—Ya era hora. No es sólo por respirar aire libre —dijo el corso, a la vez que con celeridad se desvestía—, es que también me gusta ganarme el hospedaje.

—En el bolsillo de la americana tienes una boina Cuando estés en el camión con Keller él te explican exactamente lo que tienes que hacer.

—Esta perilla de chino debías habértela afeitado —arguyo Keller—. A lo mejor te identifican por ella.

—No te apures, Tony. Quien me examine la cara demasiado cerca, se llevará mi retrato para el otro mundo.

En la puerta apareció Mireya. Sobre el brazo llevaba un impermeable de cuero negro, que tendió.

—Hará fresco fuera. Por las carreteras no hay calefacción.

—Bueno, Dambra, ahora habrás de someterte al reglamento de seguridad. No puede haber excepción para ti, puesto que no la hay para Keller al cual conozco desde hace años. Tienes que dejarte vendar.

—No me hace gracia jugar a la gallinita ciega, pero soy un chico razonable. Vendadme.

Con un amplio pañuelo de seda Cabot cegó totalmente al corso, anudándolo fuertemente a la nuca. Le cogió del brazo.

—Te serviré de lazarillo. Ya te quitaré yo mismo el pañuelo.

Echaron a andar. Diose cuenta de que salían al pasillo, que andaban unos veinte pasos, oyó una puerta abrirse, otra más, y el aire fresco de la noche azotó la parte de su cuello que el pañuelo no cubría.

—Buena suerte —oyó susurrar a Mireya.

La mano de Cabot le sujetaba del brazo y pronto se acostumbró a caminar a ciegas. Aspiró con deleite el aroma balsámico característico de los pinos montañosos.

Cabot, en medio de los dos vendados, los conducía por un estrecho sendero que bordeaba una extensa arboleda. Al final del sendero se detuvo Cabot ante un cobertizo cuya puerta abrió de un puntapié.

Ocupaba el local de madera casi en su totalidad un «Buick», cuatro plazas. Ayudó Cabot a subir a los dos ciegos provisionales. Keller quedó sentado atrás, y el corso delante junto al volante.

El «Buick» se deslizó con leve ronquido por una pendiente y desembocó en la negra cinta asfaltada de una carretera.

Pisó Cabot el acelerador a fondo y durante media hora, aproximadamente, ninguno de ellos habló. Mentalmente, calculó el corso que a la velocidad con que llevaba Cabot el coche, debían ya haber recorrido más de sesenta kilómetros, cuando hartos del silencio, preguntó:

—Oye, Cabot, ¿has pensado que si alguien nos ve le extrañará mi ausencia de rostro?

—No te ven ni a ti ni a Keller. Primeramente, porque a esta hora de la noche y por esta carretera, sólo transitan coches y las aldeas por las que pasamos, duermen. Además, la parte del parabrisas que corresponde a dónde estás tú lleva una lona echada por dentro, así como las ventanillas de los lados. Ventajas de los países fríos.

Siguieron rodando en silencio, y al fin, tras unos cinco minutos de ascender por una pendiente con muchos virajes, Cabot detuvo el coche. Bajo sus pies notó el corso el crujir de grava y ya el aire frío de la noche le dio de lleno en el rostro. Cabot acababa de quitarle el pañuelo.

Estaban en un gran jardín. Recortándose sobre un fondo tachonado de estrellas, se dibujaba la silueta arcaica de un castillo, en el que el corso reconoció sin dificultad el castillo al que llegó con el camión de Keller.

Vio a Cabot y a Keller inclinados en el interior del coche. Y una masa confusa que progresivamente tomó forma de mujer al sacarla Keller del «Buick» y llevarla en brazos siguiendo a Cabot.

Fue tras ellos. Diez metros más allá. Cabot introdujo una llave en la cerradura de un gran portalón. Entró el corso tras Cabot.

Cególe una luz vivísima. Y se encontró en el garaje donde se había apeado en compañía de Zulma.

Al fondo del amplio garaje estaba el camión «Dodge».

—¿Reconoces el sitio, no? —comentó Keller.

Dejó resbalar de sus brazos el cuerpo inanimado que en ellos llevaba. Tirada en el suelo quedó una muchacha vestida con un traje sastre azul.

Lo que le llamó la atención al corso fue el rostro de la muchacha, que estaba totalmente tapado con dos anchas tiras de esparadrapo, y el mismo material le unía las dos muñecas.

Cabot, sacando de su bolsillo un plano lo desdobló sobre un cajón. Keller y el corso se colocaron a cada lado del cajón. El plano sólo tenía dos trazos: uno, que serpenteaba, en color azul, y el otro era una línea de puntos negros, que arrancando del trazo azul terminaba en un redondel negro.

—Escuchadme bien. Tú, Keller, llevarás el camión hasta el cruce de carreteras, donde bifurcan la de Ginebra y la de Lyon. Allí te apeará tú, Dambra. Keller seguirá adelante con el camión y a la media hora justa regresará a recogerte. ¿Lo habéis comprendido den?

—Yo sí —dijo Keller.

—Ahora fíjate tú en el plano, Dambra. Donde te deje Keller hay un sendero, que es esta línea de puntos negros. No tienes pérdida ni desorientación posible. Al principio del sendero hay un caballete de madera con una pancarta que dice: «Coto privado. Prohibida la entrada». Saltas la empalizada tras el caballete y te encontrarás en el sendero, que es único, y que te conducirá a la otra falda del monte. Al final hallarás otra empalizada y otra pancarta. Allí en el suelo tendrá que estar un maletín. El padre de Arlette Panam ha quedado conforme en que a las diez de esta noche, y son ya las doce, tiraría por encima de aquella empalizada un maletín, conteniendo quinientos mil francos. Coges el maletín y regresas al sitio de partida, a esperar el camión.

—Comprendida también mi parte. Y lógicamente todo lo que se oponga a que coja el maletín, lo elimino, ¿no es así, hermanos?

—Claro, a menos que prefieras tú dejarte coger. Pero no hay peligro. Existe una probabilidad contra mí de que papá Panam haya avisado a la policía. De todas formas, no eres ningún principiante

que se vuelve loco con un gatillo. Por esto, considero inútil decirte que sólo debes disparar si no hay otro remedio.

—¿Y el sendero por el que pisaré es de toda seguridad?

—Sí, porque los dueños de la finca están ausentes, en París.

Y Cabot señaló los cartelones laterales del camión que decían Souviron S. A.:

—Mientras, Keller rodará por un sitio totalmente opuesto en un camión que no despierta sospechas puesto que por todas las carreteras de Francia circular noche y día innumerables camiones de esa casa.

—Ya. Excelente camuflaje. Al único que pueden pillar es a mí.

—Por esto mismo te he reservado esta parte, porque sé que no eres ningún novato. Keller, por el camino, te explicará el final del asunto. Buena suerte.

El corso subió, instalándose junto al volante. Depositó Keller a la muchacha en el asiento.

—Ayúdame, Dambra. Ya sabes, ¿no?

Empujó el corso y el respaldo cedió formando línea recta con el piso de la cabina de carga. Poco después quedaba ella en el compartimento acolchado. Y el corso regresó junto a Keller.

El «Dodge» abandonó el garaje y tras recorrer la alameda enarenada, llegó a la carretera descendente que dominaba desde una altura vertiginosa un valle donde titilaban lucecitas lejanas.

—¿Está liquidada? —Y el corso señaló con el pulgar hacia atrás.

—No. Sólo narcotizada. Así nos evitamos pataleos. Cuando tengas el maletín me esperas donde ahora te dejaré. Pasaré a poca marcha y subes. Más vale no detenerse.

—¿Y si el maletín está lleno de billetes marcados?

—No importa. Lo que interesa es que no sean falsos. Los contaremos y si el paquete está completo, podremos tirar la chica a la cuneta. Por la madrugada alguien la encontrará y asunto terminado.

Siguió el camión su marcha y diez minutos después avisó Keller.

—Prepárate. Allí donde está el cruce, saltas.

Disminuyó la velocidad, y el corso abrió la portezuela, apoyando el pie en el estribo. Cuando los faros del camión iluminaron la encrucijada vio con claridad la empalizada de madera y el cartelón. «Coto privado. Prohibido el paso».

Al pasar por delante, saltó, y en dos zancadas hallóse junto a la pancarta del coto. Vio alejarse la luz piloto del camión y cuando se perdió en un viraje el destello rojizo, se encaramó en el caballete y se descolgó al otro lado de la empalizada.

Un silencio absoluto le rodeaba. Levantando las solapas de su impermeable, echó a andar por el sendero, débilmente iluminado por los rayos lunares, que atravesaban difícilmente la espesa vegetación que bordeaba el estrecho camino.

Minutos después notó, a unos cien metros delante de él, la claridad plateada de la carretera. Confusamente entrevió la mole de maderas cruzadas, que formaban la empalizada que cerraba el final del sendero.

Allí tenía que estar el maletín. ¿Sólo el maletín?

Aproximóse casi pegado a las maderas; y palpando en torno, encontró un asa. Prendido en su mano había quedado un maletín. Dando media vuelta pronto contempló, volviendo el rostro, el resplandor de la cinta plateada.

Continuó descendiendo. Calculó que aún tardaría unos diez minutos en pasar el camión...

—¡Brazos arriba y cuidado!

La voz, bronca e imperativa, resonó a su espalda. Sobresaltado se volvió. Una linterna le enfocaba, cegándolo. La voz agregaba:

—¿Quién eres tú y qué haces aquí?

Distinguió confusamente, al lado del foco de luz, el negro cañón de un arma, apuntándole. El haz de luz, alumbró una chapa de cobre dorado en el centro de una bandolera de cuero: un guardabosques.

—No soy ningún cazador furtivo, amigo. Lléveme al dueño de esta finca, que quiero hablar con él.

—Donde te voy a llevar va, a ser al próximo puesto de gendarmería. Allí te explicarás. Anda, camina.

—¿Por dónde? No veo una gorda.

—No quieras jugarme ninguna trastada, porque te largaré una perdigonada en todo el lomo. Anda, esto te guiará.

El rudo contacto de la boca de la escopeta fue guiando al corso, hasta la empalizada por donde había entrado en el coto.

Mentalmente calculó que en los minutos que faltaban para que Keller pasase no tenía tiempo de acercarse al puesto de

gendarmería, dar explicaciones y volver a esperar el camión.

Se agachó repentinamente soltando el maletín, y con ambas manos asió el cañón de la escopeta pasándolo por encima de su hombro.

El guardabosques, resoplando agarró al corso por el cuello, apoyándole sobre la espalda una angulosa rodilla. Pero el robusto campesino ignoraba las llaves de judo.

Con un alarido de dolor soltó su presa, cayendo aparatosamente al suelo.

—Lo siento, pero eres muy chillón —y descargó el corso su puño en la nuca del guardabosque, que quedó inmóvil.

Cogió la linterna del guarda y con su luz recorrió la indumentaria. Por el bolsillo superior de la chaqueta de pana del guardabosque asomaba un bolígrafo de soporte. Volvió el morral del guarda y vio que entre otras cosas había un rollo de esparadrapo.

Fue trazando letras sobre la parte blanca de la cinta adhesiva, sin desenvolverla. Guardó el rollo de esparadrapo y colocó el bolígrafo de nuevo en el bolsillo de su dueño, que ya empezaba a dar señales de vida.

Oyó a lo lejos el ruido de un potente motor. Recogiendo el maletín saltó la empalizada. Se aproximaba por momentos el luminoso pincel de los faros del camión, que redujo la marcha.

Saltó el corso sobre el estribo mientras Keller con la mano libre mantenía entreabierta la portezuela.

—¿Como una seda, no? —dijo a modo de saludo el americano.

—Casi. Pero Cabot, la próxima vez tendrá que escoger otro sitio para que depositen el dinero. Éste ya no sirve.

—De todas formas siempre cambia de sitio. No es ningún tonto.

—Mejor. Porque salió a darme las buenas noches un guardabosques y lo dejé tendido.

Abrió el maletín y fue sacando fajos de billetes. Contó veinte paquetes de cincuenta billetes de quinientos, y comprobó que no eran de series correlativas.

—Perfecto, Keller. El padre de la chica jugó limpio. Son billetes honrados. Oye, me parece que no seguimos el mismo camino que cuando vinimos.

—Hay que librarse del bulto. Colócate atrás y en cualquier sitio

dejas caer a la chica.

—Bien, pero arrímate a la cuneta, y cuando te avise, aminora la marcha. No conviene que se descalabre.

Redundaría en perjuicio de nuestra seriedad comercial.

Empujando el respaldo se halló otra vez en el sitio que ocupaba cuando con Zulma emprendió la salida de París. Gateando, acercóse al depósito. Sacó a la muchacha narcotizada de la caja acolchada.

Rasgó la tira de esparadrapo sobre la que había escrito y entreabriendo la blusa de Arlette, colocó el adhesivo, pegándolo fuertemente en la piel de la muchacha.

Volvió a cerrar la blusa.

—Me parece más cómodo echarla desde aquí —dijo acercándose al americano.

Consiguió mantener a Arlette Panam sentada junto a la puerta del camión. Los faros iluminaron un paso a nivel. Una carretilla con heno yacía medio volcada al lado de la barrera.

—Frena, Tony. La dejaremos en la carretilla.

Al dar media vuelta Keller y emprender el camino de regreso al castillo, manifestó su satisfacción:

—Liquidado el negocio. Trabajar en Europa es ideal.

CAPÍTULO IX

«Jefe BIC. Central París. Ignoro situación exacta. Vigilen Louis Renard. Confidente banda. Terminaré asunto esta semana. Luc Murato».

Jean Bourdon, jefe superior de la BIC, relejó las palabras escritas con bolígrafo sobre una tira de esparadrapo que ahora estaba adherida en una tablilla de madera y observó el rostro complacido del comisario Arnaud.

—Este Luc Murato es un inspector a sus órdenes, ¿no, comisario?

—Usted lo ha de recordar, señor. Fue actor. Ingresó en la policía ascendiendo rápidamente gracias a su valor y seso. Se hizo insustituible en la misión de mezclarse con los maleantes, adoptando su jerga y apariencias.

—Lo recuerdo. Tiene una cara angulosa, algo siniestra, algo maligna.

—Sí, y le sirve para casos especiales. Por eso admití la sugerencia que me hizo a propósito del asunto de los secuestros.

—Infórmeme de las pesquisas para que pueda comprender este extraño mensaje —y designó la tablilla con el adhesivo escrito.

—En el departamento de Alta Saboya, cerca de Annecy, el guardabarrera de un paso a nivel en la carretera de Ginebra, encontró esta mañana al amanecer sobre una carreta de heno el cuerpo inanimado de una joven. Avisó a la gendarmería. Por las violentas náuseas de la joven, los agentes comprendieron que había sido narcotizada. Se negó terminantemente a declarar y estaba aterrada. La matrona que se cuidó de reanimarla halló adherido al pecho de la muchacha y bajo su blusa, este pedazo de esparadrapo. Un agente motorista me lo entregó con el informe que acabo de hacerle, bajo sobre sellado. Por esto le he importunado a usted, ya

que juzgo que Murato ha logrado sus propósitos.

—Sí como parece, el hecho tiene alguna relación con los secuestros, supongo que habrá traído aquí a la muchacha para declarar.

—Era Arlette Panam. Avisó telefónicamente a su padre, y ya sabe usted el santo horror que esta gente tiene a mezclar en esos asuntos a la policía. Temen las represalias. El señor Panam se llevó a su hija y ninguna ley nos autoriza a detenerla. Ella se limitó a decir que no recordaba nada. El agente insistió y Panam amenazó con quejarse al ministro del Interior. No hubo más remedio que dejarles marchar. El agente opina que Arlette Panam estaba al borde de la histeria, como una persona que acabase de vivir momentos de pesadilla.

—Explíqueme lo que hayan hecho usted y su famoso Luc Murato.

—Place siete meses llegó a El Havre, procedente de Buenos Aires, un sujeto fichado por la Interpol, pero a cubierto de detención, ya que no es el tipo de criminal ordinario. Estudió en Princeton y Oxford. Es un norteamericano, llamado Cabot. Se le vigiló, y de pronto desapareció sin dejar huellas. Dos meses después de la desaparición de Cabot, llegó a París otro norteamericano. El *gángster* Tony Keller. Se le notifica que su presencia no es grata y que dispone de veinticuatro horas para abandonar el suelo francés. Escapa de la vigilancia a que es sometido y como Cabot, desaparece, pero sin salir de Francia. Y casi inmediatamente, un mexicano, Curro Puebla, reclamado por cuatro asesinatos, de quien sabíamos estaba escondido en Montparnasse y al cual pensábamos atrapar, también desaparece milagrosamente, lo mismo que Cabot y Keller.

—Ésos son hechos aislados. Ya aparecerán algún día por otra región del globo. Son individuos duchos en el arte de burlar las más hábiles vigilancias.

—Es posible, pero Luc Murato emitió la hipótesis de que estos tres criminales eran los más aptos para ser los autores de los secuestros. Se basaba en algo lógico; el estilo del secuestro con rescate empleado por la banda desconocida es muy al estilo americano. No podía ser obra de un *gang* americano, por cuanto todos los viajeros dudosos que llegan de allá son vigilados, y sólo

ellos tres habían escapado a nuestra vigilancia. La Prensa populachera se esmeró en contar las vidas de ellos tres. A raíz de la aparición de estos reportajes en la Prensa, desaparecieron. Según Luc Murato, alguien tuvo que proporcionarles los medios de salir de París y alojarles en un sitio a cubierto de toda sospecha.

—Veo que parece usted muy propenso a estimar como dogma las meras suposiciones de Luc Murato.

—No es un individuo corriente, señor. A una gran inteligencia, el corso Murato une condiciones poco comunes. Lleva tres años trabajando a mis órdenes y he tenido tiempo de conocerle en toda su valía. La prueba de que no me guía ningún partidismo en apreciar su mérito está en este mensaje. Demuestra que ha conseguido formar parte de la cuadrilla de secuestradores.

—¿Luc Murato, inspector de policía, entre *gánsters*? Por más listo que sea, no cero a los bandidos tan cándidos como para dejarse engañar de ese modo.

—Le garantizo que nadie podría reconocer al inspector Luc Murato bajo la apariencia de Marc Dambra.

Empezó a interesarse en el relato del comisario, el jefe superior de la BIC.

—Ahora comprendo por qué me rogó mantener en secreto el atentado simulado contra el inspector Douillet, y las informaciones que usted mandó a la Prensa.

—Le rogué que no me exigiera explicaciones de todo esto porque si salía mal, ya tendría tiempo de exponerme a sus reprimendas. Por suerte todo marcha bien.

Y fue tal la satisfacción que expresó que su jefe ironizó:

—Por lo visto no confiaba usted mucho en que Luc Murato tuviese éxito bajo la personalidad de Marc Dambra.

—Fue siempre muy meticuloso, casi diría teatral. No puede olvidar que un día fue actor. Empezó por hacerse recluir en la misma celda que el legítimo Dambra, para poder estudiarle a fondo. Luego, el inspector Douillet obedeció sus instrucciones. Debía no perderle de vista mientras anduviera por las calles de París, reencarnando al Marc Dambra que tenemos recluido en sitio secreto. La idea de Murato era que alguien formaba una pandilla reclutando individuos desconocidos en el ramo del secuestro, pero capaces de todo, y obligados al silencio, por ser asesinos reclamados

o evadidos. Y acertó.

—¿Cómo?

—Una rubia le abordó en un bar. Más tarde, la misma rubia que vestía lujosamente, volvió a abordarle de nuevo. Y entonces entró en acción Douillet con su ayudante. Una pistola cargada con pólvora exclusivamente y un poco de comedia por parte de Douillet, con sus dosis de tinta roja en la pechera de la camisa, y ya Luc Murato era Marc Dambra para la Prensa y para, la rubia desconocida.

—Está bien planeado. No debían apresar a la rubia desconocida, puesto que de nada habría servido y la banda se habría volatilizado.

—Por esto mismo, si bien al salir del bar donde primeramente fue contactado por la rubia, Murato en su papel de hombre perseguido, trató de indicarle disimuladamente el hotelucho donde residía, encareció luego muy especialmente que cesaran de seguirle, pues podrían alarmar a la muchacha y echar por tierra todo su plan. Y en efecto, no lo hicimos. Tan misteriosamente como desaparecieron Cabot, Keller y Curro Puebla, desapareció Marc Dambra, nuestro inigualable Luc Murato. Y hoy nos ha demostrado con este pedazo de esparadrapo que está sobre la pista.

—Su referencia a que el inspector Renard es confidente, la supongo digna de crédito, ¿no es así?

—Si usted no opina en contra, señor, Renard será vigilado por mí mismo.

—De acuerdo. ¿Está cierto que él ignora que Marc Dambra es Luc Murato?

—En este asunto hemos intervenido únicamente Douillet, su ayudante y yo. Es más, Luc Murato, que es excesivamente detallista a veces, hizo sustituir en el fichero de la Central, las huellas dactilares del legítimo Dambra, por las suyas propias. Decía que no se fiaba ni de la misma policía.

—Empiezo a creer que su corso Murato es un muchacho que vale. Por lo menos no tiene calambres en el estómago, porque se ha metido voluntariamente en la guarida de los lobos.

—Pero es un zorro. Y tan teatral, que si finge ser pistolero, será un pistolero más sombrío que el propio actor Lee Marvin.

—Pero Lee Marvin no ha de temerle más que al calor de los focos del estudio. En cambio, Murato se está jugando la vida a cada minuto.

—Lleva ya tres años seguidos jugándosela a todas horas. Sólo le gustan los casos donde existe un peligro continuo.

—Pues esta vez va servido. Bien, muy bien, amigo Arnaud, le felicito. Y ahora esperemos el segundo mensaje de Luc Murato, alias Marc Dambra.

CAPÍTULO X

Cuando le fue quitado del rostro el pañuelo, se halló Luc Murato en la habitación de Mireya.

Burt Cabot depositó el maletín sobre la mesa.

—Hoy os daré vuestra parte; son ya las seis de la madrugada.

—Habéis ido deprisa esta vez —dijo Mireya—. Por lo visto, nuestro amigo Dambra no se desorienta tan fácilmente como el mexicano.

—Cuando hay billetes grandes de por medio, iría al Polo Norte sin brújula. Y ahora me voy a descansar. El aire libre me ha mareado, acostumbrado ya a esta topera.

Murato, seguido de Keller, abandonó el cuarto de Mireya.

—A Dambra y a Keller les pagarás en dólares y yo esta misma tarde iré a llevar esos francos a puerto seguro, para que los cambien en Nueva York.

—Pronto podremos ya retirarnos, ¿verdad, Burt?

—Será cosa de tres o cuatro golpes más. Esta tarde me llevaré a Alida y, con ella, daré un doble golpe. A lo sumo, en una semana, cuando ella haya logrado su presa, me dedicaré a buscar la mía. No quiero perder de vista a Alida. Es novata y aunque esté muy acostumbrada a manejar hombres, conviene que me tenga cerca.

Aquella noche, cuando Mireya y Zulma regresaron de la cena con el Gran Duque y su hijo, fue la misma Mireya la que, aburrida, propuso a Zulma que fuera a buscar a Keller y Dambra, para jugar al póquer.

—Si no tienes inconveniente, no jugaré —dijo la danesa—. Tengo algunos libros que leer.

—Como quieras. El póquer nunca ha sido obligatorio.

Zulma se limitó a notificar a Keller y al corso el encargo de Mireya. La partida duró hasta que Keller, harto de perder, decidió abandonarla. Y quedaron solos Mireya y Murato. Las dos botellas de

«Grand Marnier» que habían entretenido los paladares de los jugadores, estaban vacías. Levantóse Mireya para sacar del armario-bar una botella de «Marie Brizard», un sifón y jarabe de grosella.

—¿Piensas irte a dormir, Dambra, o me sigues haciendo compañía? Charlaremos. No estando aquí Burt, me aburro.

—Si no hubiese aprendido a temer a las mujeres, envidiaría a Burt, porque haría falta ser ciego para no ver que eres muy bonita.

—Debo serlo, cuando hasta tú mismo, tan impasible frente a nosotras, te dignas concederme el privilegio de una galantería.

—Es hablar por hablar, porque creo que quieres a Burt casi tanto como a ti misma, que ya es querer.

Ahora recuerdo una obra de teatro que vi y en la que me rompí las manos aplaudiendo.

—¿Qué tiene que ver el teatro con lo que estamos hablando?

—Pues que la protagonista, que se te parecía mucho, oía de boca del galán joven la siguiente parrafada: «Eres una gata sensual y eléctrica, rebosante de histérica malignidad».

—No está mal, no está mal... Y tú eres un pez frío incapaz de enamorarte.

—Eso te crees tú. ¿Sabes que estoy indignado? Me rusta por vez primera una mujer hasta el delirio, y no me hace ni caso. ¿No es mortificante?

—Supongo que te referirás a la danesa. Olvídala. Zulma nos detesta a todos en general, y en especial a todo el que maneja pistola.

Paladeó el corso la «tomatte», mezcla sabrosa de misette, seltz y grosella.

—¡Anda! ¿Ella qué es? ¿Una monjita de incógnito?

—Casi, casi, comparada con nosotros. Te voy a narrar un cuento de risa. Escucha bien. Zulma Faroer es hija de Gustaf Olafson Faroer, el ex gran financiero danés. Cuando Burt la conoció en la Costa Azul llevaba ella una vida despampanante. La trajo aquí como primera presa. El mismo Burt acompañado de Keller se encargó de ir a buscar el rescate, pero en lugar del consabido maletín, encontró un hombre sentado, precisamente en el sitio que se había convenido para depositar el dinero. Burt, intrigado, le administró un culatazo en la nuca y se lo trajo aquí para averiguar quién era, y ahora viene lo gracioso, pero que en aquella ocasión no le hizo la menor gracia

a Burt.

Mireya se interrumpió para servirse una generosa ración de anisette.

—Pues como te decía, Burt comenzó el interrogatorio del desconocido. Resultó ser Gustaf Faroer. Mientras su hija viajaba, un «*crack*» espantoso revolucionó la Bolsa danesa y Gustaf se quedó arruinado. Y el muy imbécil, venía a ofrecerse en el sitio de su hija. Quería que dejáramos a ésta en libertad. Era una forma como otra cualquiera de suicidarse. ¿No te parece gracioso?

—La monda. El viejo tenía que estar más loco que un cencerro.

—Burt se puso furioso. Quería eliminar a Zulma y al padre. Pero el jefe intervino y nos demostró que la rubia nos podía ser útil, ya que padre e hija se querían tanto. El uno nos respondía de la otra. Cinco meses lleva en una celda Gustaf, mientras su hija además de servirnos de camarera, es un buen gancho. No está fichada y con su aire ingenuo nos sirve a las mi maravillas.

—Ella es estúpida y vosotros unos cretinos —exclamó Murato, simulando una fuerte cólera—. ¡Vaya seguridad! Tanta venda, vueltas en coche, y la dejáis salir sola. Se mete en una comisaría y adiós negocios.

—El jefe es un cerebro y sabe muy bien lo que sé hace. Zulma no ignora que al menor síntoma de delación por su parte, su padre muere. Y tenemos más seguridad en ella que en nadie. El amor filial aterrado es nuestra mejor garantía.

—Cebáis al padre para que luego cuando abandonéis el negocio y queden libres él y la rubia, puedan dar a toda la policía del universo nuestras señas.

—Ahora eres tú el cretino, corso. Dentro de dos o tres meses, cuando Burt y yo nos retiremos a vivir burguesamente en California, Zulma y su padre emprenderán juntos el gran viaje hacia la eternidad. Si eres buen chico, hasta te dejaremos que seas tú quien les expida el pasaporte.

—Eso ya me va convenciendo más —afirmó Murato, torvamente—. Así quedará zanjado todo a satisfacción, porque hay que reconocer que lleváis tan hábilmente el negocio, que no podrán pescarnos nunca. Tengo ya ganas de conocer al jefe. Debe ser un talentazo.

—Lo es, y ya te mandará llamar. Seguramente en esta misma

semana. Es un gran tipo. Conocía a Burt de cuando ambos estuvieron en Oxford. Porque no te vayas a creer que Burt es un cualquiera. Estando él y yo en París lo encontramos y nos expuso su plan, a base de aprovechar la locura... En fin —y sacudió ella los hombros—, creo que habló demasiado...

—En algo se ha de conocer que eres una mujer tomo las otras. Por suerte soy Marc Dambra y no hay temor que vaya a echar un parrafito con la policía. Esta charla me ha dado sueño. Me voy, y puedes creerme, si te aseguro que es lástima que seas tan buena chica con Burt. Acuérdate de mí cuando pienses serle infiel.

Mireya dio un empujón amistoso a Luc Murato y pasó éste a su cuarto. Tenía que poner en orden cuanto había oído y sacar sus consecuencias.

Transcurrieron tres días y cuántos intentos hizo Murato para charlar a solas con Zulma fueron inútiles.

Mireya asistía a las comidas de Murato. Cuando a la cuarta mañana de la marcha de Cabot y Alida vio entrar a ésta, portadora de su desayuno, decidió probar suerte.

—Buenos días, Alida. Ya imaginaba yo, que con tu fascinación, cazarías en poco tiempo la pieza que te designase Cabot.

La italiana depositó el desayuno sobre la mesa, displicente.

—Estos cuatro días sin verte me han convencido de que he sido tonto al no hacer nada por mi parte para que fuéramos buenos amigos.

Alida sonrió abiertamente.

—Me parece que has cambiado, corso. Estás amable. Ya era hora. Debo suponerme que te aburres mucho.

—No seas modesta, preciosa. Cuando te vi por primera vez fui hosco, porque temía encadenarme. Pero ya no me domino más y quisiera que me miraras con simpatía.

—Será difícil aunque cosas más raras se han visto.

—Cuéntame qué tal fue tu excursión. Háblame de lo que ocurre por ahí.

—Cabot me instaló en el Alsdorff de Berna, a todo lujo, y aunque me esté mal el decirlo, cuando me lo propongo tengo más distinción que muchas cursis que se imaginan que por ser ricas ya tienen «sexy». Un muchacho no me quitaba los ojos de encima, y

cuando Cabot se informó de quién era me lo señaló. Karl Gratz es hijo de un fabricante vienés millonario y venía a Suiza para curar sus pulmones algo sensibles. Logré que olvidara el sanatorio. Si hubieras visto con qué facilidad se tragó la píldora. Le hice creer que aunque me viera sola no estaba acostumbrada a estarlo, y que esperaba a mi padre que había ido a Zurich en viaje de negocios. Me metí tan bien en la piel de una niña rica tonta, pero excitante, que...

—Lo cual es una mezcla peligrosísima.

—... que Karl se sintió transportado de dicha, cuando consentí en realizar con él una larga excursión. Me propuso una escapada de dos días a Ginebra, pero de acuerdo con Cabot demostré tener grandes deseos de conocer algo de la Francia típica y provinciana. Y en su coche atravesamos la frontera. Cerca ya del punto indicado, donde Keller había de pasar con su camión, hice detener a Karl Gratz, pretextando que el paisaje me dislocaba. Detuvo el coche, encantado, y permití que me abrazara. Así me resultó fácil darle un golpecito en la cabeza, y Keller sólo tuvo que meterlo en el camión.

—Siempre he dicho que el mejor anzuelo son unos ojos cándidos y un semblante de Madonna. Tienes que ser irresistible cuando te lo propones.

—No seas adulón. Hay otra novedad. Cabot ha encontrado en Berna a un ex conocido de Inglaterra y por lo que oí, piensa sustituir con él, al mexicano que tú mandaste al otro mundo.

—Vaya... Cuantos más locos seamos, más nos reiremos. ¿Quién es esa nueva perla?

—Un tal Fred Harris. Está fichado como estafador, pero creo que no tiene tu récord. Dice Keller que se fue de Inglaterra porque mató a un cajero de Banco y ahora está dispuesto a todo, antes de que la policía lo atrape. Vino con Keller y conmigo en el camión, pero es muy inglés. Hay que sacarle las palabras con sacacorchos. Cuando llegamos al castillo Mireya se encargó de recibirlo. Me voy. Hasta luego, corso.

A las siete de la tarde, Mireya avisó a Keller y a Murato para que la acompañasen a la alcoba de Fred Harris, donde éste estaba ya repuesto de los efectos del narcótico.

Fred Harris, larguirucho, y con rostro inexpresivo, recibió con mueca de disgusto al trío. Y señalando su ropaje medieval,

interrogó:

—¿Broma? No me gustan. Mi amigo Cabot no me anunció que me esperasen para representar a Shakespeare.

—No se incomode, Harris —dijo Mireya—. Para la seguridad de nuestra estancia en este lugar es indispensable seguir la locura al noble francés poseedor de esta mansión.

Y fue explicando con todo detalle lo que en otra ocasión expuso a Murato. El inglés se limitó a estrechar la mano que le tendía Mireya.

—Burt me explica en una carta que es usted decidido y con la cualidad de que nunca ha formado parte de organizaciones dedicadas al secuestro. Con estos dos amigos tendrá usted ocasión de ganar dinero, y desde luego, estará seguro. Éste es Tony Keller.

Keller tendió la diestra a Harris, que la estrechó.

—Y éste es Marc Dambra.

Fred Harris no estrechó la mano de Murato.

Mirando a Mireya inquirió:

—¿Tiene la bondad de repetirme el nombre de este caballero?

—Marc Dambra. Conocidísimo. Hace poco se evadió de Charenton. Toda la Prensa mundial lo publicó.

Fred Harris, el flemático inglés, hizo algo impropio de su correcta apariencia y sin expresión.

Con velocidad pasmosa descargó en la mandíbula de Luc Murato tal puñetazo, que cogiendo a éste desprevenido, le hizo rodar por el suelo.

Por si fuera poco original su forma de presentarse, Harris cayó sobre Murato en una magnífica zambullida de jugador de *rugby*, y le propinó un segundo golpe en la sien.

Mireya y Keller, sorprendidos ante el inesperado ataque del inglés, no pudieron intervenir. Todo pasó rápidamente, y enderezándose, Fred Harris señaló al desvanecido Murato y dijo:

—Este hombre les ha engañado. No puede ser Marc Dambra, porque Marc Dambra está en Charenton, en una celda secreta, incomunicado.

—Tiene que estar confundido, Harris. El confidente que tenemos en la policía nos mandó las huellas digitales de Marc Dambra, que corresponden a las de este hombre.

—Cuando salí de Inglaterra busqué un sitio seguro en París. Lo

obtuve en casa de Ivonne Dulas. Es la amante de Marc Dambra. Me fue recomendada por un amigo de Inglaterra. Hace sólo tres días me encontraba con Ivonne y supe que ésta periódicamente tiene noticias de Dambra, por mediación de un carcelero que le entrega cartas de su amante. Cuando la Prensa publicó la huida de Dambra comprendió Ivonne que algo raro ocurría, pero, naturalmente no se le ocurrió pedir explicaciones a la policía. Y sigue recibiendo las cartas que Dambra le dirige desde su celda de Charenton.

Keller, como medida de precaución, recogió del sobaco del corso el revólver.

—Pero si no es Dambra ¿quién es este hombre? —preguntó Mireya.

—Esto ya no lo sé, pero me huele todo a una trampa.

—Esperaremos a que vuelva Burt, y él resolverá. Mientras tanto lo encerraremos en lugar seguro. Keller, llévalo a la cueva pequeña.

Cargó el americano con el todavía inconsciente Murato y desapareció con él. Fred Harris se acarició el puño dolorido. Mireya, nerviosamente, empezó a recorrer el cuarto de arriba abajo.

—No comprendo cómo pudo engañarnos. No es posible. Mató ante mis ojos a Curro Puebla. ¿Está seguro de lo que afirma, Harris?

—Cabot me conoce de hace tiempo. El sabe que no pierdo el tiempo en hablar tonterías. Yo vi con mis propios ojos las cartas de Dambra, y si bien Ivonne no acierta a explicarse la causa de todo este «bluff», no le cabe la menor duda de que su amante sigue en Charenton. Este hombre que se hace pasar por Dambra no sólo es un impostor, sino que posiblemente obra en colaboración con la policía, o él mismo es un policía.

CAPÍTULO XI

Zulma Faroer levantó la cabeza y dejó sobre la mesa el libro que estaba leyendo, al ver entrar a Mireya.

—¿Sabes que Burt ha mandado a un sustituto del mexicano, un tal Fred Harris, inglés? Y trae noticias muy curiosas. Conoce a la amiga de Dambra, una tal Ivonne, que siempre le ha ayudado.

—Siempre no será, porque si así fuera cuando él huyó de Charenton, habría ido a verla, en busca de dinero y refugio.

Mireya se convenció de que la danesa era sincera, y que seguía viendo en el corso un pistolero perseguido.

—Seguramente no podría hacerlo, porque sabría que tal vez la policía vigilaba la casa donde vive Ivonne. ¿No te dijo él nada de eso cuando le trajiste?

—Precisamente le hice presente que su presencia en un hipódromo con su aspecto poco común, podría llamar la atención. Pero, entre otras cosas, me dijo que necesitaba dinero y que como no conocía a nadie, había decidido probar suerte en las carreras, a ver si conseguía dinero para embarcarse.

—Sin embargo, le hubiera sido más fácil intentar un atraco. ¿No te pareció raro todo esto?

—Comprendí que era un individuo extravagante.

—¿Y si yo te dijera que es un impostor? ¿Que el tal no es Dambra sino alguien que nos ha engañado haciéndose pasar por él?

Incrédula, expresó Zulma su asombro sincero.

—¡Pero si mató al inspector ante mí! ¿Y lo que hizo con el mexicano?

—Eso le he dicho al inglés. Es una situación confusa. Esperaremos que regrese Burt para que resuelva.

Luc Murato recobró el sentido al notar sensación de humedad viscosa. Tendido en el suelo llevóse las manos a la cabeza, que le

dolía fuertemente.

Se sentó, mirando en rededor. Hallábase en una especie de cueva. Una bombilla sucia desparramaba una tenue claridad. Aquello parecía una sombría mazmorra medieval.

Logró incorporarse con esfuerzo. Rozaba el techo. Aquel calabozo medía apenas cinco pasos. Pasos que le llevaron junto al portalón. Se maldecía por no haberse alertado cuando oyó al inglés decir a Mireya que repitiera su nombre.

Apoyado rabiosamente contra la puerta, notó un imperceptible ruido, como si un roedor anduviese en la parte inferior de la madera. Vio deslizarse por el suelo una bandeja empujada desde fuera.

Agachóse rápido, pero el panel inferior volvió a cerrarse desde fuera. Se quedó contemplando la bandeja con emparedados, fruta, vino y café.

Junto a la botella había una cuartilla doblada. Leyó:

«Quien seas, cuando vuelva Burt se las entenderá contigo. Hasta entonces, diariamente recibirás una bandeja con comida para 24 horas. Mireya».

Bebió del tazón y algo chocó con sus dientes. En el fondo del tazón había un tubo de cristal, cerrado con un chocho. El cristal transparentaba un papel enrollado.

Sacó el corcho y desenrolló el papel. La letra redonda y clara, se le antojó portadora de un mensaje celestial:

«Alida te traerá la comida todas las noches. Hoy no tengo tiempo de nada. Dejaré caer éste tuvo en la taza y creo que así podré comunicar contigo Me ingeniaré para ayudarte. Confía en mí. Zulma».

La noche del viernes, Burt Cabot viajaba en galante compañía por la carretera de Ginebra a Pont Savoyard. Los aduaneros envidiaron al moreno y atildado turista, que tenía el honor de acompañar a *miss* Ethel Both en su propio «Packard».

—Esta escapatoria a París sin ni siquiera avisar a Daddy le pondrá furioso —dijo Ethel, feliz con la idea de hacer rabiar a su

padre.

—Más furioso de lo que te crees —comentó Cabot.

—He aceptado tu idea de pasar los dos días en París, porque no sé fijamente quién eres. Tienes modales de lord inglés, manos de fullero, y cara maligna.

—A lo mejor te secuestro. Daddy pagaría muy bien un millonaje por tu rescate.

Aceleró más la ya veloz marcha la hija única del millonario de Chicago, rey de los curtidos.

—No estamos en Chicago, Burt. En Europa están muy atrasados. La máxima emoción que me puede producir esta tierra anticuada es viajar, como ahora, en plena noche por sitio desconocido.

Los faros iluminaban una cercana encrucijada. Dijo ella:

—Consulta el «Michélin».

—No hace falta, Ethel. A la izquierda. Es la que conduce a Pont Savoyard.

—¡Podía cerrar sus faros este torpe! —exclamó Ethel al tener que frenar, cegada por las luces de un camión que estaba parado, arrimado a la cuneta contraria de la carretera.

Al notar en su brazo un agudo pinchazo, se debatió ella asustada. Pero sujeta fuertemente por Cabot, perdió pronto el conocimiento.

La noche del viernes en la estación de Annecy, descendió Mireya del «Buick» para penetrar en la sala de espera. Al poco llegaba el tren montañoso y uno de los viajeros, alto, corpulento y canoso, entró en la sala de espera.

Sentóse frente a Mireya.

—«En la landa árida y gris tu cálida figura pone tintes de rosa abierta...» —musitó el recién llegado.

—«Y en el susurro del viento...» —replicó Mireya.

—«Tu aliento me llega» —terminó el hombre.

Era la clave convenida entre Renard y la banda.

Se levantó el individuo, acercándose a Mireya.

—Soy Jean Loup. Me manda Renard. Se excusa de no poder venir.

—¿Amigo de Renard? —preguntó ella mientras se dirigían al coche—. ¿Policía?

—No me ofenda, señora. Soy el hombre de confianza de Renard,

pero no formo parte de la policía. Le sirvo de enlace en los barrios bajos. Nací en Clichy hace cuarenta y cinco años y nunca me he movido de allí. Puedo asegurarle que le soy de gran utilidad a Renard.

Ya sentados, al poner Mireya la llave en el contacto, inquirió:

—¿Conoce a Marc Dambra personalmente?

—Antes de coger el tren fui a verlo a Charenton, y allí está. Por lo tanto no cabe duda alguna de que el que se hace pasar entre ustedes por Dambra es un impostor.

En el espejo retrovisor, Mireya con breves ojeadas detallaba el rostro de Jean Loup. El cabello crespo y veteado de blancas canas, daba al semblante mofetudo una apariencia de madura respetabilidad, pero los azules ojos brillantes y de mirar soslayado, eran notables por su falta de franqueza.

El «Buick» entró en el jardín del castillo. Poco después por el ascensor que arrancaba del garaje, Mireya precedió a Loup, en el camino por la cocina y el pasillo, hacia el vestíbulo donde esperaba Cabot.

—¿Qué son todos estos misterios, Mireya? ¿Qué ha ocurrido?

La francesa señaló a Loup.

—Viene a desenmascarar al que se hacía pasar por Marc Dambra.

—¿Cómo? ¿Qué cuento es éste?

—Cuando nos enviaste a Fred Harris, el inglés tumbó a Dambra al cual encerramos en sitio seguro, ya que tu amigo Harris aseguraba que él sabía de cierto que Dambra estaba en Charenton.

—¿Y éste...? —empezó Cabot furioso, señalando a Loup.

—Nos lo manda Renard, para que, además de desenmascarar al impostor, nos explique la trampa que nos habían preparado en la jefatura central de policía. Telefoneé a Renard, que nos envía a Loup para demostrarnos que Harris tiene razón.

—A ver, Loup, explíquese.

—Cuando la Prensa publicó el asesinato del inspector Douillet, Renard no desconfió puesto que dejó de verle.

Lo referente a la fuga de Dambra, tampoco le extrañó puesto que Dambra estaba especializado en fugas. Por lo tanto, cuando desde aquí le pidieron que remitiera la ficha de Dambra, la cogió de los archivos y asunto concluido.

—Yo mismo comparé las huellas digitales, que corresponden exactamente con las del individuo.

—Naturalmente. Porque todo estaba calculado. Desconfían en jefatura de alguien. Éste es uno de los motivos por los cuales no ha venido Renard en persona y para evitarse sorpresas, cambiaron en el archivo las huellas verdaderas de Dambra por las de un tal Luc Murato, también corso, y que es sin duda el que está haciéndose pasar por Dambra, al cual hace veinticuatro horas justas he visto con mis propios ojos en su celda secreta de Charenton, gracias a un pase especial que me proporcionó Renard.

—Entonces, la maldita danesa que nos trajo al tipo ése nos ha delatado —dijo Cabot.

—No creo que sea así, Burt —rebatía Mireya—. Si hasta el mismo Renard fue engañado, ¿cómo podía Zulma desconfiar de un hombre que, ante sus propios ojos, mata a un inspector?

—Fue un truco muy bien hecho —explicó Loup—. Renard se enteró de que la muerte de Douillet coincidió con las vacaciones que debía tomar, y en efecto, en Saint-Malo está ahora Douillet veraneando. Con una pistola sin bala, y una presión en el pecho, donde se lleva preparada una vejiga con sangre de conejo o tinta china roja, se simula muy bien una agresión mortal.

—¿Y quién ha montado toda esta farsa? ¿Con qué fin?

—Parece ser que Arnaud, un inspector de quien es ayudante el tal Murato, relacionó las desapariciones de personajes como Tony Keller, Burt Cabot y Curro Puebla, con los secuestros que, por conductos extraoficiales se sabía que estaban realizándose. Llegaron a deducir que había relación entre ambas cosas, e imaginaron por lo visto con acierto que un criminal famoso y perseguido hallaría enseguida quien le facilitara su desaparición de París, enrolándolo en la banda de secuestradores.

—Entonces hay que poner tierra y mar de por medio, Burt —dijo Mireya, nerviosa.

—No, querida, no. No te apures. Calma. Usted, Loup, ¿sabe ya si el tal Murato ha transmitido sus informes?

—Si así fuera, en vez de ser yo el que se honra con su compañía, estarían ustedes en la menos grata presencia de algunos inspectores y agentes. Murato ha informado, mediante un procedimiento original. Ha llegado a manos del inspector Arnaud un mensaje,

escrito con bolígrafo sobre un trozo de cinta adhesiva, que estaba sobre el cuerpo de una persona secuestrada y que fue devuelta.

—Claro. El único medio que tenía para comunicar. Lo hizo la noche en que devolvimos a Arlette Panam. ¿Qué decía?

—Se limitaba a exponer que estaba ya metido en la banda, pero que ignoraba el sitio exacto donde se encontraba. Nada más.

Cabot aliviado, expuso:

—¿Ves? No hay nada que temer, Mireya. Y ahora, Loup, iremos a sacar a la sabandija ésa, y apenas usted lo reconozca, no le quedarán ganas de mandar mensajes a nadie. Por favor, ruéguele a Renard que sea más cuidadoso en sus informes otra vez. No le pagamos para que nos aclare las cosas luego, sino antes.

En la alcoba de Mireya, Cabot ordenó a ésta que trajera a Keller.

El americano, masticando su inseparable chicle, miró poco amistosamente al nuevo visitante.

—Éste es un elemento nuestro, Tony. Nos va a decir quién es el tipo que se hacía pasar por Dambra. Anda, toma y tráetelo.

Cabot le tendió una automática, añadiendo:

—Mientras le hablamos te colocarás a su espalda y cuando yo me pase el índice por la mejilla, le vuelas el seso. ¿Estamos, Tony?

Salió Keller y Cabot ofreció un cigarrillo a Loup.

—No es cosa de andar con tapujos, Loup. Me gusta que asista usted a esta ejecución. De este modo, Renard estará en lo sucesivo más vigilante. Le pago para tener la certeza de que a la menor sospecha de ser localizados, nos avise con tiempo. Garantícele, que así como pagamos bien a los listos, castigamos mejor a los imbéciles.

—Así se lo diré.

Unos pasos precipitados se acercaron por el corredor, y Tony Keller, empuñando la pistola, entró en la alcoba.

—¡Nos tenemos que largar, Cabot! ¡La cueva está vacía, y el polizone se ha escapado!

CAPÍTULO XII

—¡Estúpidos! —barbotó Cabot—. Pero ¿cómo habéis podido dejarlo escapar? ¡Tú sola tienes las llaves de la cueva!

—No es hora de averiguar por dónde se fue ni quién le ayudó, Cabot —reprochó Keller—. Es hora de largarnos, si podemos.

—Nada de desbandadas, Tony. Tráete a Zulma. Ésa tiene que estar mezclada en todo esto.

Salió Keller. Se aproximó Loup a Cabot.

—No tardará la policía en estar aquí, Cabot. Creo que hay que obrar rápidamente. Hágame caso, aún estamos a tiempo. Yo no me dejo pescar aquí dentro porque...

Inesperadamente la diestra de Loup salió del bolsillo de su abrigo y se abatió sobre el rostro de Cabot, contra cuya mandíbula chocó la culata de una pistola.

Antes que Cabot cayese al suelo, el falso Jean Loup se abalanzó sobre Mireya, que en un santiamén estuvo amordazada y maniatada.

Luc Murato escupió las bolas de algodón que le hinchaban las mejillas y se despojó del abrigo que le prestaba la corpulencia y que le sirvió para desempeñar el papel de Loup, el auxiliar de Renard.

Adosado a la puerta, esperó el regreso de Keller.

Murato había vuelto precediendo al inspector Arnaud sólo para evitar lo que se suponía. Que la primera represalia que tomarían al notar su fuga sería contra Zulma, que tan hábilmente le había ayudado.

Oyó en el corredor la voz de la danesa.

—¡Despertar a estas horas a la gente! ¿Para qué me quieren, Keller?

—No sé. Ahora te lo dirán. Anda más deprisa, no hay tiempo que perder.

El americano sólo tuvo tiempo de dilatar los ojos asombrado al

contemplar el cuerpo de Cabot en el suelo.

Un culatazo en el cráneo le hizo doblar las rodillas, con un gemido de dolor. Repitió el golpe Murato y Keller rodó por el suelo, inerte.

Y entonces Murato tranquilizó a la asustada Zulma, susurrándole:

—Soy yo, Zulma. He tenido que volver, para impedir que cometieran alguna canallada contigo y tu padre. No hagas caso de mis cejas y la peluca. No me negarás que son una obra de arte. Lentes de contacto, fuera la barbita y el bigote, y por unos instantes he sido un tal Jean Loup.

—Pero ¿cómo has vuelto solo? Te exponías a que te reconocieran.

—Luego hablaremos largamente, Zulma. Ahora hay que copar a los que quedan. Lo difícil ya está hecho.

Y mientras hablaba, maniataba a los desvanecidos Keller y Cabot.

—Ahora, Zulma, vete a despertar al inglés. Voy a cobrarle con creces al angelito la caricia que me hizo y el mal rato que me ha hecho pasar. Cuando él llegue aquí, vete a abrazar a tu padre. Ahí están las llaves.

Zulma se precipitó sobre el manojo de llaves que pendía de un clavo junto a la cama de Mireya.

—¿Qué le digo a Harris?

—Que le llama aquí Cabot.

Al quedar solo, Murato procedió a desmaquillarse.

Bajo la peluca su cabello natural, muy corto, le restituyó su edad. Quitándose las cejas postizas y los lentes de contacto. Pasándose la mano por el mentón, escrupulosamente afeitado, miró con placer a sus prisioneros.

Llamaron a la puerta, y Murato abrió lentamente, encañonando a Harris.

—Anda, entra, pichón. No grites ni hagas ningún gesto que no me dolería nada agujerearte la pelleja.

Fred Harris hizo honor a su raza. Ni un músculo de su rostro se

alteró. Impasible entró en el cuarto con los brazos en alto.

Notó en todo su cuerpo el rápido cacheo a que le estaba sometiendo Luc Murato.

—Siéntate. Dentro de unos instantes vendrán mis compañeros, y entonces nos quedaremos aquí tú y yo. Tengo una deuda contigo, y antes de que te ponga las esposas quiero ver qué tal repites el piñazo que me diste.

—Le notifico que conozco demasiado mis posibilidades, y si usted es un cobarde abusador que quiere aprovecharse, pegará a un hombre indefenso, porque yo no pienso replicar a su agresión. Cuesta caro pegarle a un policía.

Comprendió el curso que no podría decentemente vengarse del inglés, y esto le puso de mal humor.

—Olvida que soy policía, Harris.

—No se moleste. No insista. Conozco las leyes y porque las conozco sé que a mí solamente se me podrá entregar a las autoridades inglesas. Con las de este país nada tengo que ver.

—No ¿eh? ¿Y qué haces aquí entre esta gentuza?

—El caballero que está ahí en el suelo con los ojos abiertos y que me está escuchando —y señaló a Cabot, pero Murato sonriente no apartaba la vista del inglés—, me encontró en Berna y me propuso alojamiento en un castillo de un amigo suyo. Accedí, y no es delito aceptar hospitalidad.

—Eres listo, Harris. Te hubiera gustado que mirase al suelo. Eres demasiado rápido con los puños.

Zulma entró, llevando enlazado por la cintura a un individuo alto, de blanco cabello y rostro avejentado, pero que en aquel momento rebosaba alegría.

—Éste es nuestro salvador, padre. Gracias a él ha terminado nuestra pesadilla.

Sin mirarlos, Murato más feliz que nunca al poder desempeñar el papel de héroe frente a la mujer que amaba y el hombre del cual esperaba ser el yerno, solicitó:

—Perdone que no le atienda ahora, señor Faroer, pero no puedo perder de vista a este granuja. Salga con su hija por aquella puerta, y en la carretera encontrará dos coches. Pregunte por el inspector Arnaud y dígame que ya está la pandilla en mi poder. Que venga a hacerse cargo de ella. Espera mi aviso.

En dos coches con los faros apagados, siete hombres de la BIC, esperaban en la carretera el aviso de su jefe, el inspector Arnaud.

Éste, impaciente, consultaba con frecuencia su reloj. Había accedido a la petición de Murato, pero estaba ya deseando entrar en acción.

Hizo un repaso mental de los hechos que motivaban su presencia a esta hora en una carretera perdida en las cumbres de la Saboya y que conducía al castillo de Boisombre.

El día anterior hacia la una, un polvoriento y agitado Murato había irrumpido en su domicilio particular. Recordaba casi textualmente el incoherente discurso.

—Aunque sea con hierros candentes hay que extirparle a Renard la contraseña de que se sirve para comunicar con la banda. Allí ya saben que Dambra sigue en Charenton. Me he escapado y tengo sobre él lomo trece horas de moto. Por cierto que algún motorista de Paix-sur-Lac habrá presentado una denuncia por robo de moto. Una muchacha angelical, Zulma, me proporcionó mi traje de paisano para que no me viese obligado a transitar en ropaje del siglo dieciséis... No, no estoy loco. Luego le contará, inspector, pero si quiere oírme que llamen a Renard y que venga aquí. Y déjeme carta blanca con él.

El inspector Renard había comparecido sin saber lo que le esperaba. Murato le anunció secamente:

—Hemos estado aplicándole el tercer grado especial a Burt Cabot, pero se niega a decir dónde se ocultan sus cómplices ni quiere darnos la contraseña telefónica. Usted me va a dar estos detalles.

Renard intentó reír, alegando que Murato era un optimista, ya que él ignoraba a qué se refería.

—No mienta, porque agravará su situación, Renard —amenazó Murato—. Sabemos ya que usted era el confidente de ellos. Si no confiesa los datos que pedimos y huye el resto de la banda, no se salva usted de la perpetua.

Y la tarde anterior, Renard acompañado de Arnaud y Murato, estuvo esperando la llamada telefónica de Mireya. A las tres en punto sonó el timbre del aparato. En los supletorios pudieron oír Arnaud y Murato la voz femenina diciendo:

—«¿Quién quiere oír a Mistral?».

Y Renard recitaba:

«En la landa árida y gris, tu cálida figura pone tintes
de rosa abierta...»

«Y en el susurro del viento»...

«Tu aliento me llega...»

—...y Renard fue diciendo lo que le había dictado Murato:

—Tengo que informarla que Dambra sigue en Charenton. No podré desplazarme para reconocer al impostor. Enviaré a mi hombre de confianza, Jean Loup, quien podrá aclararles quién es el sospechoso.

—Mañana viernes por la noche estaré en la sala de espera de la estación de Annecy. El enlace del expreso llega aquí a la medianoche. Dele la contraseña a Jean Loup. Preferiría que viniese usted.

—Imposible. Estoy vigilado, por ahora, discretamente. Hasta otra.

Poco después Renard ingresaba esposado, en los calabozos de comisaría.

Arnaud había apremiado:

—Puesto que ya sabes dónde está la banda, ¿a qué perder más tiempo, muchacho? Vamos ya.

—Tengo tanta prisa como usted, inspector, pero también poseo una víscera molesta llamada corazón. Se me ha inflamado de modo fenomenal. No quiero que a Zulma le pase nada, y le pasaría si entrásemos violentamente en el subterráneo del castillo. Escúcheme, por favor.

Ante el espejo Luc Murato empezó a caracterizarse, mientras hablaba:

—Mireya espera mañana noche a Renard o en su defecto a Jean Loup. Y yo seré Jean Loup.

—¡Ah, no, ah, no! —protestó Arnaud indignado—. Mira, chico, siempre he admirado tu audacia, pero no estoy dispuesto ahora a que comprometas el éxito final del caso, llevado por tu afición al teatro.

—Le ruego respetuosamente que me escuche, y cuando termine de explicarme, entonces chille. Me he enamorado como un colegial y no consentiré que le pase nada a Zulma. Tengo la forma de

evitarlo sin que peligre para nada el éxito final. Mireya está esperando a Jean Loup. Yo, con la contraseña y caracterizado, no corro ningún riesgo, puesto que ella no puede ni figurarse que yo no esté en el inmundo calabozo donde me metieron.

—Pero ¿no ves que notarán tu fuga?

—No la notarán. Luego le explicaré por qué. Míreme ¿qué tal?

Y satisfecho exhibió el corso su apariencia de hombre maduro y grueso.

—No me diga que es teatro. Es arte puro. Reclute a Unos cuantos agentes sólidos y en dos coches nos plantaremos tranquilamente sin prisas en Paix-sur-Lac. Por el camino le explicaré todo.

Cuando se puso en marcha la comitiva, Murato empezó a calmar la curiosidad impaciente del inspector Arnaud.

—Lo que le voy a contar parece un cuento de miedo. En Paix-sur-Lac cogeré el tren para Annecy y me entrevistaré con Mireya. Sólo cuando haya pasado una hora, y tenga usted la certidumbre de que estoy dentro del castillo de Boisombre, entonces se dirigirá allá con sus hombres, pero no antes, porque podría estropearlo todo. Ahora, vamos al caso. En los subterráneos del castillo de Boisombre están muy bien camuflados Cabot y su banda, aprovechándose de la locura del conde de Boisombre y del cretino de su hijo... El viejo se cree un Médicis, y nos obliga a aparecer ante él disfrazados de mascarones medievales. Para afianzarme en el papel de Dambra, y evitarle a un desgraciado mil torturas, lo he tenido que matar.

Se sobresaltó el inspector Arnaud y recordaba la mueca melancólica con que Murato había explicado la muerte de Curro Puebla, el mexicano.

—Es horroroso matar a un hombre a sangre fría, pero me impulsaron dos motivos para hacerlo. Si lo dejaba vivo, la maldita Mireya le hubiera achicharrado ante los irresponsables ojos del conde. Por otra parte no podía salvar al mexicano que de todas formas teníamos que llevar a la guillotina. El resultado fue que, al parecer, actué como un Dambra cualquiera pero gracias a esto vamos a capturar la banda.

—Me explicarás esto con más detalle porque no entiendo ni palabra.

—De momento no importa. Al regreso me explicaré con más

coherencia, cuando vea libre y sin riesgo a Zulma. Prosigo. Me creía seguro cuando me llamó Mireya para darme a conocer a un inglés, un tal Harris. Y éste me saludó mandándome al limbo, y cuando volví a tierra me hallé prisionero en una asquerosa mazmorra. No ponga esta cara de duda que no invento ni le cuento un dramón de esos que antes representaba yo por los pueblos. Aún le quedan por oír cosas más raras.

—Adelante. Soy todo oídos.

—Zulma Faroer es una danesa que, aparte de ser deliciosa, tenía a su padre encerrado en otra celda. Gracias a ella podremos capturar a Cabot y a los demás. Si no es por Zulma no reaparezco vivo. Ella consiguió mediante un truco enviarme dos cartas, en la primera prometiéndome su ayuda y en la segunda, muy larga, me decía que Mireya iba a comunicar con Renard para pedir informes sobre Dambra. Y que ella, Zulma, había decidido por la noche, mientras estuvieran cenando con el viejo y su hijo, ausentarse con cualquier pretexto. Por la noche me abrió la jaula. Había averiguado la salida secreta, había cogido la llave y me dijo que volviera pronto con la policía. Ella tenía que regresar enseguida al comedor o notarían su ausencia si se prolongaba.

—¿Y cómo no notaron ellos tu ausencia?

—Obedeciendo las instrucciones de Zulma dejé la bandeja vacía junto a la puerta cerrada, y así la italiana Alida, después de cenar, la sustituiría por otra llena, sin darse cuenta de que yo me había marchado, ya que me daba el pienso cada veinticuatro horas, sin verme, por un portalón que se abría en la parte inferior de la puerta.

—¿No tenía mirilla la puerta?

—No. Por suerte. Era del año de la pera, destinada a contener gente sin importancia. Al salir comprobé que el condenado Cabot tras vendarme la vez que salí a devolver a Arlette Panam, me había despistado, haciéndome creer que el castillo estaba muy lejos del subterráneo que habitábamos, cuando, en realidad lo que hizo fue obligarme a recorrer kilómetros para volver al sitio de partida. En el jardín, me mudé la ropa. Fui a pie hasta la aldea a la que ahora vamos, ya que juzgué necesario no llamar la atención en Annecy.

El inspector ofreció un cigarrillo a su ayudante, que prosiguió:

—Antes de salir de Paix-sur-Lac me enteré que el castillo de la

colina de Annecy era el castillo de los condes de Boisombre, y entonces salté sobre una moto cuyo dueño estaba tomando una copa en una taberna. Ahora comprenderá por qué Jean Loup evitará lo que quiero impedir.

—¿Crees que realmente tu chica correría peligro?

—Segurísimo. Aquella gente está decidida a todo antes que la atrapen y si entráramos con violencia suprimirían a Zulma. Yo le prometo que los cazaré a todos, limpiamente, sin dificultad, y entonces le mandaré aviso con la muchacha que me ha sorbido el seso.

—Te garantizo que no estaré tranquilo hasta que vea llegar a esa joven. Y accedo porque, porque...

—Porque usted sabe que yo soy un talento —terminó modestamente Luc Murato.

Y ahora, en plena noche, el inspector Arnaud, seguía consultando su reloj, impacientemente, en espera de la muchacha llamada Zulma.

Fred Harris contemplaba el techo, aburrido.

Luc Murato, sin perderlo de vista, se colocó el revólver sobre las rodillas y procedió a encender un pitillo.

Cuando aspiraba la primera bocanada, una voz enérgica y tajante, le sobresaltó:

—¡Quieto! ¡Levanta las manos inmediatamente! ¡Deja caer en el suelo tu arma!

Atónito, Murato vio en la puerta lo inesperado.

El hijo del conde de Boisombre el hombre que él suponía idiotizado, le encañonaba firmemente con una pistola.

—¿No querías conocer al jefe de esta gentuza tonta? Pues mírame bien, porque no tendrás mucho tiempo para verme. Armando de Boisombre te saluda.

Y Armando de Boisombre sonrió maligno.

Luc Murato levantaba los brazos y su revólver caía en el suelo, de donde rápidamente lo recogió Fred Harris.

CAPÍTULO XIII

Con prodigiosa rapidez Luc Morato meditó que era preferible obedecer al mandato de Armando de Boisombre que ser herido sin duda alguna.

Zulma y su padre estarían llegando donde aguardaba Arnaud.

—Amárrelo fuerte, Harris.

Las muñecas y los tobillos de Murato fueron atadas concienzudamente y entonces Boisombre se acercó a él.

Vestía un traje moderno azul sedoso, y sólo era reconocible por los pálidos ojos azules y el agudo perfil de sus rasgos faciales.

Fríamente, descargó un sonoro bofetón de revés en el rostro de Murato, que notó en su paladar el acre sabor de sangre.

—¿Creías haber ya terminado, no? Alida vino a decirme que había mucho movimiento aquí dentro. Te confesaré que Alida consuela mi soledad y precisamente esta noche pensaba salir con ella a respirar un poco de vida mundana, pero lo dejaré para mejor ocasión. Vi a la danesa entrar aquí con su padre y los esperé en el jardín. Yo tengo mi salida particular, y lamento comunicarte que en vez de estar ellos avisando al inspector que te aguarda con dos coches y unos cuantos agentes, están ella y su padre encerrados de nuevo. Luego me encargaré de ellos. Ahora eres tú el que me interesa.

Murato sintió que su cerebro daba vueltas. Era exasperante que, teniendo tan cerca el triunfo, de nuevo se le escapara de las manos.

—Mis compañeros rodean por completo el castillo. Te será imposible escapar, Boisombre. Si le tienes aprecio a tu piel la única forma de salvarte es...

—Es dejándote vivo a ti y a los daneses, ¿verdad?

Y en los ojos azules y pálidos del aristócrata había burla maligna. De pronto miró con fiera a Cabot, Mireya y Keller que seguían atados. Afirmó:

—Debería dejaros así y que os enjaulasen por estúpidos. Harris, desátalos.

Angustiado, contempló Murato cómo la mano de Boisombre se crispaba en torno a la culata que empuñaba.

—Ahora te diré lo que va a ocurrir. Este castillo es antiquísimo, y en aquellos siglos eran muy aficionados a tallar laberintos subterráneos. Donde mi pobre padre y yo vivimos hay un pasadizo muy largo que por debajo del bosque viene a salir a dos kilómetros de aquí. La leyenda asegura que por este laberinto uno de mis antepasados se dirigía a visitar a ciertas bellezas rurales, a escondidas de su tiránica esposa. Cuando tus compañeros se harten de esperar, intentarán entrar aquí, pero ya estaremos lejos. Sólo encontrarán tu cadáver.

Y fríamente, Armando de Boisombre tomó puntería.

Luc Murato se dispuso a saltar.

Restallaron dos disparos.

Boisombre soltó su pistola.

Y el inspector Arnaud se abalanzó sobre Boisombre, que intentaba llegar hasta la puerta de escape.

—Ocúpense de toda esta gente —ordenó Arnaud a los agentes que habían irrumpido tras suyo—. Y vayan a libertar a la muchacha y a su padre. Registren bien todo. Habrá más presos seguramente.

Armando de Boisombre, intensamente lívido y sosteniéndose el brazo herido, sintió la mordedura de las esposas en sus muñecas. Un temblor convulsivo de ira le sacudió.

Pero el dolor pudo más que él y gimiendo se dejó caer en una silla. Quiso moverse, pero le fue imposible.

En la puerta al fondo del comedor apareció una extraña figura que se vio encañonada por varias pistolas.

Arnaud contempló boquiabierto al anciano de larga peluca rizada, ajustado jubón y gregüescos, que con un candil en alto, avanzaba hacia ellos, con paso grotescamente ceremonioso y reflejo de majestad.

—Pero... Pero ¿qué infernal follón del averno es éste, bellacos? Rendidme cuentas inmediatamente —exigió con ademán altanero el conde Alain de Boisombre.

—¿Usted quién es, viejo mascarón? —rugió Arnaud.

—¡Insolente! Estás hablando con el Gran Duque.

Alejandro de Médicis. Modera tu lenguaje o tendrás que habértelas con mis verdugos...

Luc Murato ya desatado, avanzó y dijo respetuosamente:

—No haga Su Excelencia caso a estos malandrines. Venga conmigo, señor, que os espera un aposento especial.

Alain de Boisombre se dejó conducir dócilmente hacia la ambulancia solicitada que habría de trasladarle a un sanatorio mental.

Armando de Boisombre declaró ser el jefe de la banda, y haberlo planeado todo con Burt Cabot y Mireya Landa, a quienes conoció en París.

El inspector Arnaud por una vez celebraba haberse dejado llevar de su genio poco paciente que le hizo irrumpir en el castillo, al prolongarse demasiado la espera.

Luc Murato esperaba con gran impaciencia en el bar donde por vez primera conoció a Zulma.

Cuando ella entró, alzó la mano aproximándose, en ademán apaciguador.

—No preguntes nada, Luc. Déjame hablar a mí. Llevo horas contestando preguntas. Déjame que sea yo la que lo diga todo ahora. ¿Sabes por qué te quiero?

Risueño el corso dio a entender con elocuente mímica que ante la pregunta, ya todo lo demás carecía de importancia.

Manifestó ella:

—Te quiero no solamente porque expusiste tu vida para que ni a mi padre ni a mí nos pasase nada... Por cierto que luego iremos a ver a mi padre. Nos quiere regalar una casa en las afueras de París. Fue lo poco que salvó de la ruina en la Bolsa. Te decía que te quiero porque con cara de cruel malvado —y rió ella gozosa— tienes un corazón buenísimo, y te quiero porque eres guapo, caramba.

El camarero con gran paciencia, aguardaba. Tenía años en el oficio.

—Dos cafés, por favor —dijo ella. Y prosiguió—: Tengo que explicarte las ilusiones y desilusiones que me proporcionaste, bandido.

—¿Yo? Pero si yo... Bueno, tú hablas. Venga.

—Supongo que ahora ya habrás adivinado que fui yo quien te

abrió la puerta la primera noche de tu estancia en el subterráneo del castillo. Tú sabes que yo vivía aterrada, y tenía que obedecer, porque de lo contrario matarían a mi padre. Al verte a ti por vez primera en el hipódromo, me intrigó tu apariencia de forajido maligno. Pero resultabas demasiado extravagante. Claro que entonces no me di clara cuenta de esto. Cuando te vi disparar sobre el policía, me fui asustada. En este mismo bar leí en *Paris-Soir* y me creí que eras el legítimo Marc Dambra. Y lo seguía creyendo cuando salí del bar.

—Los dos cafés. ¿Algo más, jóvenes?

Se fue el camarero. Ni le habían oído. Los cafés se enfriarían. El amor era así. Preferían los atacados de esta enfermedad mirarse el blanco de los ojos a saborear un excelente moka.

—Cuando salí del bar, oscuramente me di cuenta de algo raro. Si tú eras un hombre perseguido, ¿por qué cuando rechazaste la cartera tuya que yo te ofrecía, fuiste por la calle con aires de conspirador de ópera, volviéndote a cada paso, para mirar si te seguían?

Y Zulma rió, encantada de demostrar que también ella era observadora.

—Lo hice así para que vieses bien dónde me metía, mujer.

—Pero yo pensé que así lo único que habías conseguido era indicarme dónde te escondías, cosa que no haría un maleante perseguido. Y deseaba con tantas ansias que alguien me ayudase, que en mi optimismo deshice lógicamente todo lo que se oponía a dejarme creer que eras un policía. Medité que eras demasiado llamativo y maligno de aspecto que el atentado que ante mi realizaste fue demasiado espectacular, que el agente que te persiguió lo hizo demasiado torpemente... Claro que, todo esto me lo decía yo cuando estuve en el cuarto del hotel esperando a Keller y el camión. Y por esto dormí tan confiadamente en el depósito del camión. Creía en ti. Conté con tu ayuda para que a mi padre no le pasase nada. Y entonces ocurrió lo del mexicano... Ya sé que lo hiciste porque no podías impedir que fuese torturado. Pero entonces lloré mucho. O sea que me has hecho padecer horrores, bandido.

—Vaya, hombre... Si no fuera por esta carita de ángel que tienes... Acércate un poco que he de decirte algo al oído.

Ella acercó su rostro lo más que pudo al de Murato, que susurró:

—Antes de que te echas a volar, ¿me prometes casarte conmigo?

Ahora fue ella la que no pudo hablar porque sus labios en elocuente respuesta estaban confundidos con los de Luc Murato.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

